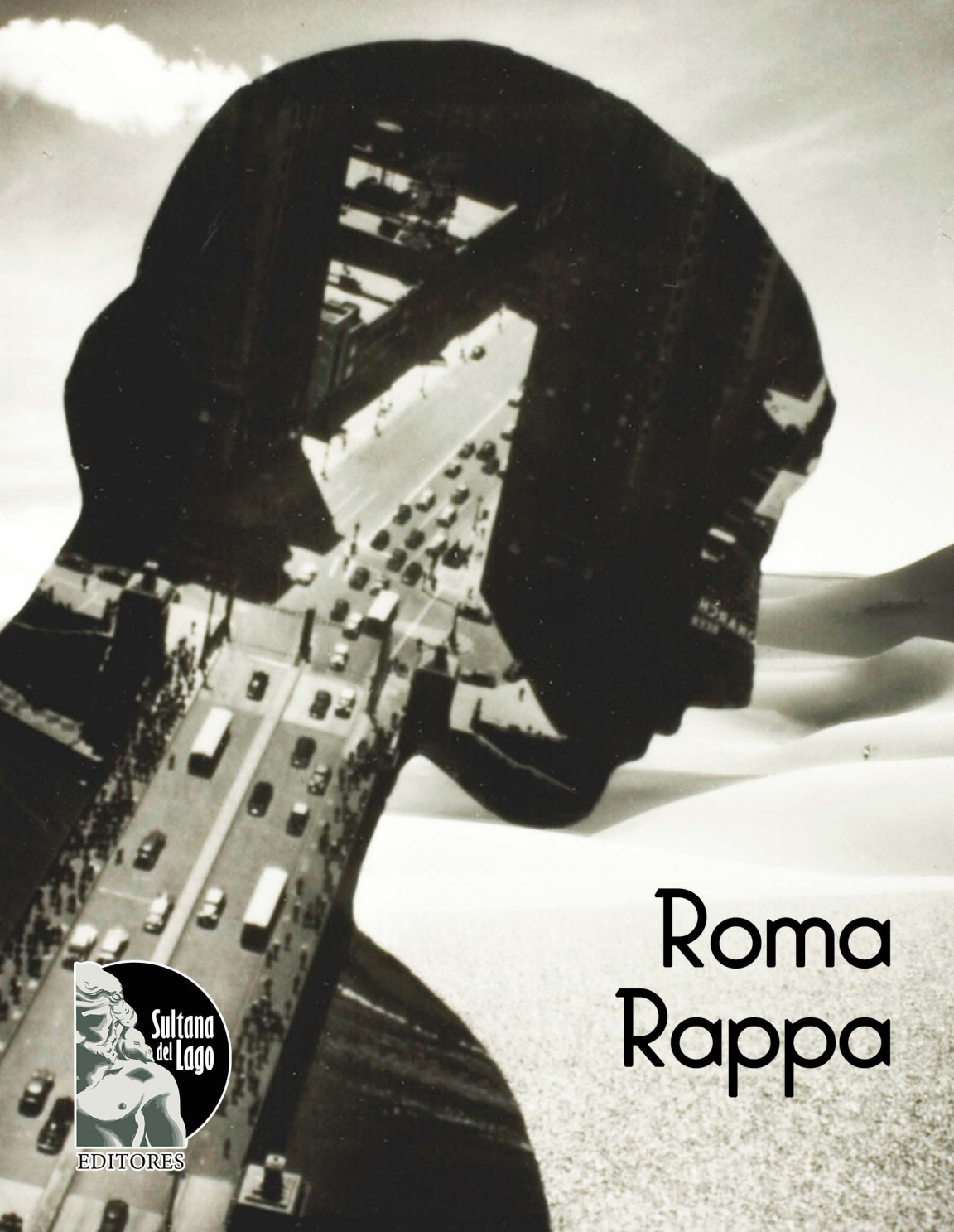


PESQUISAS EXTRAVIADAS

CUATRO PERSONAJES PARA TRES INTÉRPRETES



Roma
Rappa



EDITORES



EDITORES

PESQUISAS EXTRAVIADAS

Cuatro personajes para tres intérpretes disidentes

Roma Rappa

Roma Rappa
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2024.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798329065602

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Presentación

Hay algunas cosas extrañas en este libro y es mi deseo contártelas, apreciado lector. Aquello de que la confianza y la credibilidad es vital en la relación entre el texto y quien lo lee me motiva a ser franca y abierta en esta preliminar, antes de que el viaje de la lectura comience y no haya vuelta atrás. Mi primera recomendación: no te creas mucho eso que dicen por ahí sobre la literatura teatral como algo que solo le interesa a quienes se montan en el escenario a representar sus historias. Para nada es así. Estoy convencida que la imaginación es poderosísima herramienta en la construcción mental de lo que llamamos la representación escénica y que la experiencia del convivio, como también se le dice a la asistencia del espectador a la sala de teatro para ver un montaje, es enérgica y determinante en quien ha entrenado sus sentidos a través de la dramaturgia leída y mimetizada como acto de contundente revelación. Son certezas, más que creencias, las que me conducen en este acto inicial de expiación de culpas.

Comienzo por confesar que me intriga la rara relación entre los números tres y cuatro que se estableció, sin mucho pensarlo, en la creación del contenido del libro. Son tres textos escritos para

dos actrices y un actor, cada uno en su peculiar esencia. Sin embargo, en ellos viven cuatro protagonistas y de ahí que la ecuación $3 = 4$ genera un problema de arranque en la comprensión de su naturaleza. Comencé intentando darme una explicación estructuralista con principios propios de las teorías literarias y los estudios del género teatral en sí mismos, pero pronto descarté esa vía: no me identifico como escritora de monólogos, a pesar que aquí, estimado lector, lo que encontrarás son dos soliloquios y un unipersonal. La paradoja viene dada, si aún me puedo justificar, en que las historias que estás a punto de descubrir están nutridas por la existencia y devenires de muchísimos otros personajes, por lo que sería injusto darle el crédito exclusivo solo a los cuatro principales de los tres textos. El sentido espiritual en lo numérico siempre nos lleva a la idea de la divina trinidad antes la presencia del tres, mientras que el cuatro nos conduce a la estructura que otorgan los puntos cardinales. La tensión, entonces, se presenta clara: estos personajes quieren expandirse fuera de estas historias, pero sus propias misiones los une en un universo común que los conecta y los hace parte de una experiencia única, incluso a pesar de la inestabilidad que generan entre el desear y el hacer.

Esto me lleva a una segunda revelación: el tema conductor en este libro orbita alrededor del equilibrio mental de sus personajes. Aunque no venga al caso, es bastante probable que esta honesta cualidad compartida entre ellos sea, a su vez, una proyección de mi propia indagación psíquica y por ello se presenta de modo natural, en ocasiones sin generar mayores trances. Aun así, como la existencia del conflicto es la base fundamental en la estructura dramática de un texto teatral, el devenir de las acciones entre ellos y sus historias relatadas está tamizado por la probable irrealidad de la percepción del mundo que los rodea y la más segura incerteza de que al exponer sus emociones, sentires y memorias, lo que están es dando rienda suelta a los delirios que se producen en el caudal de frustraciones, rechazos y negaciones, que contiene sus propias vivencias ficcionales. Porque es así: nada en estas páginas es real y, al mismo tiempo, su contenido se fundamenta en una autenticidad cruda y demoledora, propia de estos tiempos desestabilizados.

Por último, el extravío fue punto de partida y, a la vez, de llegada en la indagación que viví para la escritura de estos tres textos teatrales. A veces hay que perderse para encontrar caminos ciertos, anímicos y luminosos, con puertas que revelan

relatos que queríamos conocer y necesitábamos contactar. De ahí que los intérpretes a los que hay que convocar para representar estos personajes, y sus complejas existencias, han de ser discrepantes en el ideario de un teatro convencional, asumiendo la plena potestad de su construcción y comprometiendo su propio bagaje existencial, si quieren contactar con la verdad y el alma de cada uno de ellos, con honestidad y franqueza.

Después de todo, podríamos ser tú o yo los que vivamos en estas páginas, sin brújula, buscando un destino final digno de contarse, para bien o para mal.

La casa sin memoria

Monólogo

PERSONAJE

ELLA (mujer joven y vieja a la vez, enfermera y guía turística, loca y cuerda al mismo tiempo).

El público entra al espacio. Se escucha la banda sonora del filme El bueno, el malo y el feo, de Ennio Morricone. El escenario está dividido por varios cubículos, sólo lo suficientemente amplios para que Ella y el público transiten por ellos. Igual, la sensación de agobio por la estrechez del lugar será inevitable. Ella, no obstante, guiará las acciones a fin de que nadie se escabulla. Quien lo intente, será señalado y convidado a tener empatía: “¿Por qué no quieres escuchar su historia? ¿No ves que puede que él sea tu hermano o tu padre? ¿Crees que estás liberado de ser uno de nosotros?”, dirá Ella cada vez que note la intención de escape de algún espectador. Este es un lugar de locos.

PRÓLOGO

ELLA: ¡Bienvenidos! Acomódense por ahí, en el pasillo hay mucho espacio, no tienen que estar amuñados todos... (*Pausa, acomoda al público*). Tranquilos, nos les va a pasar nada, nada que ustedes no quieran que pase... (*Termina de acomodar al público de forma de iniciar un tour*). Iniciemos nues-

tro recorrido: en el pabellón siete está el chico que tiene alucinaciones. Pobre, con solo 20 años y no logra dormir, porque las voces en su cabeza le dicen que no lo haga, que si se queda dormido vendrán por él y lo llevarán a la cárcel. Imaginen, no sabe que igual está en una, pero ni modo... En la sala de al lado... ¿En la seis? Sí, ahí está la chica que perdió a su bebé de dos semanas de nacida. La niña murió porque dejó de respirar. Simple, muerte súbita dijo el forense. “Así de cansada venía su alma que no quiso la reencarnación que recién le habían dado”, es como si escuchara decir a mi madrina, la faculta, la que todo lo sabe y según nada se le escapa al tercer ojo que tiene, porque ella dice que ese es uno de repuesto para ver más allá de lo aparente. Ella sí que debería estar aquí, pero ya ven, los huéspedes son otros...

ESCENA UNO

Ella y el público continúan el recorrido.

ELLA: En la planta de arriba están los de más edad. Si, ya sé, es una rara distribución generacional, como si de verdad la muerte ofreciera el boleto seguro al cielo y los pone ahí como para ir acercándolos un poco más al andén de abordaje. También podrían estar en el sótano, más cerca del infierno... Pues pa' allá arriba mandan a los

viejitos que más cuidados requieren, que ya ni recuerdan cuándo deben ir al baño a hacer sus cosas...

Nuevo movimiento de público con Ella al frente.

ELLA: El piso de abajo es el pabellón infantil, si lo podemos llamar con tan dulce nombre. Yo a veces no me creo que tengan algo malo, la verdad, porque pasan el día jugando y hablando solos, como todos los niños hacen, sin mayor cosa, a no ser que sean esos silencios prolongados y los movimientos de vaivén, cabeza hacia adelante y hacia atrás, que por ratos se detienen en seco para volver a jugar como si aquel momento de desconexión fuera solo un sueño o mal recuerdo.

Se detienen, Ella y los espectadores.

ELLA: Esto de trabajar como enfermera en un manicomio es cosa de locos. Y como cuerda tampoco estoy, para mí ha resultado el empleo ideal: cada recluso me da una conversa única y con cada uno ato cabos de mi propia locura. Si la lucidez de este recorrido se alarga, seguramente llegaré a contarles todo. De lo contrario, me temo que tendrán que seguirme y sacar ustedes sus propias conclusiones... Tranquilos, no me va a importar mucho que tergiversen mis historias. Total, ellas a

su vez son versiones propias de las vidas de todos acá, aunque en realidad lo que les cuento son sus vidas en el allá, aquellos lugares de donde vienen y dónde todo comenzó para cada uno de los despojos que dejaron abandonados en esta casa de ladrillos y desmemorias.

ESCENA DOS

Ella se dirige como si le hablara al cubículo siete, deshabitado, con una cama y mesita con jarra de agua y vaso.

ELLA: “Ya voy David, ya te llevo tu pastilla, quédate quieto, muchacho, que tampoco es que me estoy tardando tanto”... ¿Lo ven? Así de impaciente se pone cada vez que me tardo con sus dosis diarias de medicamentos. Ya verán: apenas entrar a su cuarto y comienza a hablarme con otra voz. Él dice que es la del espíritu que lo posee, el que le dice que debe confesar el crimen que no cometió. Según sus voces, al chico lo acusan de atentar contra el presidente de la República. ¿Se pueden imaginar a este imberbe siquiera intentando matar una araña? David creció en el centro de una familia amorosa. O al menos eso creo yo, porque todos los días lo vienen a visitar su madre, una señora muy elegante y bien plantada con las palabras, su hermano, apenas dos años mayor, y su padre, un gallego muy callado, siempre

rezagado, detrás de la mujer y el hijo, cabizbajo, como si los pensamientos que trae siempre a la visita le pesaran un mundo. Él, al verlos llegar, se retrae un rato y luego comienza una coreografía de afectos repetida, uno y otro día igual...

Ella imita a David y cambia el tono según cambia el interlocutor imaginario.

ELLA: “Hola, mamá, te extraño mucho en este lugar,” “¿Qué más *Men*, cómo van los estudios en la universidad?” “Hola... papá”... Y siempre igual, saluda cordialmente, pero deja a todos con la palabra en la boca. No los escucha, se silencia luego de la bienvenida y comienza a delirar al rato. En su mente, los hombres del presidente lo persiguen y quieren matar. Todo el tiempo parece estar en un perenne interrogatorio: “¡Yo no fui, no fui! Lo juró, no intenté hacer nada malo. Solo pasaba por ahí, solo caminaba... No, esa granada no es mía, nunca la había visto... No sé operar un dron, cómo piensan que yo puse esa granada en él para que estallara justo al frente de la tribuna presidencial... Lo juro, déjenme ir. No me hagan más daño. No quiero que me sigan tocando. No, por favor, no quiero. No quiero hacerlo, no quiero hacérselo... No, paren esto de una vez. ¡Tengo asco! Quiero vomitar... Me duele mu-

cho, tengo que vomitar... No lo puedo tragar, no puedo... No fui yo y, aunque no me crean, no pueden seguir haciéndome esto. Esto que yo no quiero hacer..." Y así, todos los días. A veces, la madre se va a un rincón a llorar, amargamente. Me provoca en ocasiones acercarme a ella y decirle algo, brindarle una mano, darle un abrazo. Pero eso está prohibido en este mi trabajo. Yo la historia completa no la conozco, pero sé que David no viene directo de su casa, que pasó primero por una comisaría o algo así, que preso sí estuvo, pero si intentó matar o no al presidente, yo de eso no sé nada ni quiero saber. En este desconcierto de país, mientras menos sabes más seguro estás. Así que aquí solo le doy sus pastillas diarias a David y espero que se las tome, que no me haga trampa y las vomite después, porque cuando lo hace pasa el día con sus delirios a mil y no deja tranquilizar a nadie en toda esta planta. Pobre muchacho, tan joven y tan atormentado. Ni el amor de su madre o el silencio del papá pueden hacer algo por su mente cargada de tribulaciones, dolores y ansiedades. Mi madrina lo dice siempre: "No vas a estar en paz si andas jugando a la política y liberaciones sociales. Quien lo hace tendrá el insomnio persiguiéndolo toda la vida. ¿Cómo dormir en paz rodeado de traiciones, componendas, negociaciones ocultas y

engaños en cada camino que toma? No señor, no se meta en eso, mijito. Y viva la vida simple y serena”. Pero esa es ella, que cree en el karma y esas cosas metafísicas que aquí nada ayudan. ¡Yo no! En esta casa, los cuerpos respiran a diario sin un alma que los sostenga. Y me toca ser testigo de esto, todos los días, en cada guardia, uno a uno los tours para que ustedes conozcan la casa... ¡A mi ella no me puede venir con cuentos, por más bruja que sea!

ESCENA TRES

Mueve al público hacia la sala seis, también con una cama, mesa con jarra de agua y vaso, más un moisés vestido de rosado.

ELLA: Vengan, vengan, dejemos un rato a David para que descanse de sus voces. Aquí, en este otro pabellón, vengo dos veces al día para alimentar y dar medicación a Lorena. Es bella, Lorena, ¿verdad? Aún sus pechos están hinchados, a punto de reventar. Y no por implantes de silicona, como muchos morbosos podrán pensar. No: ¡Lorena sigue lactando! En su mente aún no reconoce la muerte de su bebita, que murió súbitamente a los 15 días de nacida. Se culpa de lo sucedido, pero ustedes me dirán... ¿Cómo pudo haberlo evita-

do? Esas cosas pasan, terrible, pero la vida es así de extraña y caprichosa. Y hay que seguirla. Que sí, que duele que después de 40 semanas de gestarla en su vientre, de más de 48 horas de trabajo de parto para que finalmente naciera por cesárea, de regresar a casa con ella en brazos y millones de ilusiones para una vida nueva sin sus propias amarguras, sin sus padres presentes, ni de la beba ni de la misma Lorena, porque ambos tenían otras urgencias que atender. Solas, las dos, solo se tenían mutuamente. Entonces, luego de dormir un par de horas corridas de sus últimas dos semanas despertar y no sentir la respiración de la niña en su cuna... No, ella no lo entiende, nadie puede hacerlo. Cuando le cuento a mi madrina sobre Lorena y los pocos avances que logran sus médicos con el tratamiento contra la depresión que aquí le aplican, la muy loca -porque vamos a estar claros, la faculta de mi madrina sí que está de remate- pues ella, así en su desfachatez, dice: “Es el karma de esa mujer y lo tiene que vivir para poder transcender a otra vida con las culpas libradas”. “¿Qué culpas? ¿Estás loca, mujer?”, le contesto yo desde mi furia... Les confieso: ella con su tercer ojo me tiene algo fastidiada ya. Yo no sabré mucho de las cosas multidimensionales y vidas pasadas, pero creo que no hay nada parecido a lo que ella llama karma, solo circunstancias

que nos tocan vivir, algunos con más fortalezas que otros que no lo logran procesar sin pastillitas y terapias de electrochoque. Aquí los doctores, lo primero que deben hacer, es mandar a quitar ese moisés de la habitación. Yo lo dije y me miraron así como: “¡Calla o te descontamos el día!”. Y bueno, yo callé, pero sigo pensando que la presencia de ese objeto no la ayuda en nada, por lo contrario, le recuerda todos los días la razón por lo que está vacío. ¿A quién se le ocurre? ¡Francamente! También le he recomendado al esposo, tan callado y triste como ella, que me traiga a escondidas un tiraleche. Los médicos no lo han recetado, pero solo yo veo como Lorena se retuerce en dolor porque sus pechos están a punto de estallar. Hay que vaciarla, vaciar a Lorena de leche y de dolor. Yo estoy convencida que ella no pudo evitar que su niña dejara de respirar en su cunita. Nadie puede, ninguna madre, por más doloroso que sea reconocerlo. Pueden descargar más y más de 100, 200, 300 o 500 mil voltios en su cabeza, que ella igual no va a tener la culpa y tampoco dejará de sentirla. Un hijo ha de ser la misma encarnación del dolor humano, imagino, porque yo madre no soy, pero con Lorena he visto ese sufrimiento en sus iris perdidos, en la mente silente y en sus lágrimas sin color, al menos dos veces al día que me toca traerle su comida y

medicamentos...

Pausa, para retomar la conversa imaginaria con su madrina, la faculta.

ELLA: “Asimilará lo sucedido y continuará su viaje”. “¡Qué viaje del coño, vieja demente! Si la pobre lo que está es pasando un momento terrible y tal vez no recobre su cordura nunca”. (*Dirigiéndose al público*) Dicen los médicos que Lorena debe estar en esta planta un mes más, que luego irá a otra ala de hospitalización, para curas de sueños más suaves y con el tiempo saldrá de aquí. Eso sí, siempre con los brazos vacíos, porque su beba muertica está. Karma o destino, pero así es y nadie puede cambiar esta historia. ¡Vámonos!

ESCENA CUATRO

En este momento, la música cambia a la banda sonora del filme Cinema Paradiso, también de Ennio Morricone. Ella reagrupa al público y lo convida a salir de la sala seis. Se dirigen al piso de arriba. No hay nada, solo una ventana.

ELLA: El silencio en esta sala se escucha diferente. (*Dirigiéndose al público*) ¿Lo sienten? A veces es un alboroto de callados gestos, otras de lágrimas o simplemente de miradas que se

pierden más allá del paisaje que solo ven desde aquella ventana pequeña que está al final del cuarto. Aquí todos fueron perdiendo sus memorias, como esta casa, que no tiene una. Carmella y Pasquale, por ejemplo, son esposos, pero no lo saben. No lo recuerdan. De igual modo, todos los días se sientan juntos a la mesa a comer o en el sillón a ver el televisor, que en las tardes transmite los mismos episodios de *El Chavo del 8*, una y otra vez, produciéndoles las mismas risas, como si nunca lo hubieran visto. Me río con estos viejitos a más no poder, como si fuéramos niños todos los días. Yo creo que a Pasquale le gusta mucho Carmella y por eso la sigue a todas partes. Le coquetea con el vaso de jugo en las comidas, que se lo llena con una picada de ojo tan tierna que yo a veces me sorprendo a mí misma enternecida. Carmella le sigue el cuento y se deja cortejar. ¡Si supieran ellos que llevan más de 60 años en ese cuento! Con cinco hijos en el trayecto, aunque solo una de ellas, la menor, viene a visitarlos una vez a la semana. Con ella sí hablo, a veces, y me cuenta que el mismo día que Carmella mostró los primeros síntomas del Alzheimer, su papá sentenció que él también se enfermaría, porque para él la vida sin Carmella no era una opción. Se conocieron con apenas 15 años cada uno y se casaron pronto, en un

pueblo perdido del sur de Italia que había desaparecido luego de un bombardeo de las fuerzas aliadas en plena Segunda Guerra Mundial. Él era un partisano y ella una campesina que cultivaba flores. Se conocieron el día que ella lo ocultó del ejercito fascista que estaba buscando rebeldes en el pueblo para llevarlos directo al paredón de fusilamiento. Sin más, Carmella lo llevó al granero y le echó encima todos los racimos de violetas que había recogido aquella mañana, para que nada de Pasquale pudiera verse ni menos olerse. Casi se arruina el plan en un impulso de Pasquale por salir del escondite en el justo momento que un soldado escabullía su mano por la falda de Carmella. Ella le ripostó con una patada y un claro parlamento: “No busque nada ahí, soldado, que esos olores tienen dueño y no es usted”... Con mucha suerte, al día siguiente, como pudieron, abordaron un barco y partieron a estas tierras. Llegaron al país así, muy jóvenes y sin fortunas materiales, solo el amor que se tenían. Levantaron una casa, un negocio y una familia, que luego se disgregó con la diáspora absurda de este país que otrora fue receptor de tantos inmigrantes que ansiaban futuro. Pasquale, que su alma partisana no lo dejaba en paz, no entendía cómo el deterioro político y social de su país de acogida había puesto a sus hijos

en el mismo trance que él, años atrás, lo había llevado a aquel granero oloroso a flores. Que en fin, así, sin entender, ambos fueron envejeciendo y a la fuerza perdieron juntos los recuerdos. A veces creo que Pasquale se hace el enfermo, tan solo para estar acá con Carmella, y cuidarla. Y servirle el vaso de jugo de parchita en los almuerzos, para poder sonreírle y decirle cuánto la ama con tan dulce mirada. Amor así yo nunca había visto, aunque yo no conozco mucho del tema. Nunca me han amado así, ni de ningún otro modo, la verdad. Los hombres de mi historia... son ciertamente otra historia que no me interesa contarles acá... (*Cantando, como si fuera Pasquale*) “Amapola, lindísima amapola, será siempre mi alma tuya sola... (*Recitativo*) Vamos Carmella, no me dejes sin ti, mírame y cuéntame de dónde viene tu nombre, si de ese lugar también proviene tu belleza y ternura, Carmella, que por ellas muero y vuelvo a nacer con tal de volverte a saber novia mía”. Ay, ¿se puede ser más hermosamente amante que este viejito del carrizo? Solo por vivir una hora diaria como testigo de este amor, subo todos los días a este pabellón y no me importa cambiar sus pañales sucios, bañarlos y dar de comer a los más inapetentes, porque Carmella y Pasquale, después de todo, me hacen el día con este lazo irrompible

que parecen tener. No me extrañaría nada que el día cualquiera, muy seguramente pronto... toque la muerte a la dulcísima Carmella, Pasquale tomará su mano y morirá, de purito amor, cinco minutos después de haber partido ella. Eso lo doy por seguro: regresen pronto y les contaré el final. Mientras, denme unos minutos para darles a los abuelos sus dosis de Donepezilo y Galantamina, que hoy todavía no las han tomado y se ponen muy inquietos cuando se les pasa la hora del rescate... Estos médicos y sus cosas, como si unas pastillas pueden realmente reconstruir una vida entera cuando la memoria decide perderse en esta casa de ladrillos y tormentos... *Amapola, lindísima amapola, será siempre mi alma tuya sola...*

Ella canta y baila tango, sola, con la bandeja de medicamentos en sus manos como si fuera su compañero de baile.

ELLA: *Amapola lindísima amapola*

Será siempre mi alma tuya sola.

Yo te quiero amada niña mía

Igual que ama la flor la luz del día.

Amapola lindísima amapola

No seas tan ingrata y ámame,

Amapola, amapola

Cómo puedes tú vivir tan sola.

Amapola lindísima amapola

*No seas tan ingrata y ámame,
Amapola, amapola
Cómo puedes tú vivir tan sola.**

ESCENA CINCO

Se hace una pausa, incomoda el silencio. Dura un par de minutos. De repente, Ella reacciona y comienza nuevamente a dar instrucciones al público. Suena la banda sonora del filme La misión, de Ennio Morricone. Los conduce al piso de abajo. Hay una rayuela dibujada en el piso. También juegos: aros, pelotas, conos, sacos de yute, cuerdas y otros.

ELLA: ¡Vamos a jugar! ¿Qué no? ¿Qué no quieren? ¡Pero si estamos con los niños y a ellos les gusta que la visita juegue con la rayuela! (*Lanza una piedra a un espectador*) A ver, tú... ¡Comienza el juego! Vamos, no tengas pena ni miedo... Aquí todos nos reímos, nos divertimos y no pasa nada. ¿No vinieron a eso? (*Ella organiza el juego de rayuela y hace que varios espectadores participen. Comparte sus risas y al rato se aparta con una pausa meditativa*) El juego es cosa seria, pero a estos niños no se les deja hacerlo en libertad. Los vigilan, aunque ustedes no lo vean, los están observando en cada uno de sus movimientos. (*Gesto de silencio*) ¡Shhh! Si alguno salta del columpio, salen los doctores y terapeutas de sus rincones y escondites con sus

frascos de Ritalín en mano, les abren las bocas y le dan una dosis a la pobre criatura. Solo pasan 10 minutos para que el pequeño comience a comportarse de modo “neurotípicamente” correcto. Esta mañana, antes de que ustedes llegaran, ocurrió así con la pequeña Estela.

Ella canta, imitando a Estela.

ELLA: “Erre con erre cigarro, berro, berraco y parrilla, erre de los chicharrones que dan rollo en la barriga... Una garza grifiñafa con treinta grifiñafitos, grifiñafeaba la garza, grifiñafeaban toditos... ¿Viste, mami? Ya lo pude cantar, ¿podemos irnos a casa? Vamos, mami, quiero ir a casa, no me gusta la comida de aquí... No me gusta que Jorgito me pegue ni que el doctor me amarre a la silla para que me quede quieta. Lo que sí me gusta, mami, es cuando el lorito me contesta los buenos días y la tortuga del parque me sonríe al llegar. ¿Por qué estoy aquí, mami? Yo no quise hacerlo, no quise dejar a mi hermanito en el piso. Él salió solito de su cuna, no fui yo, mami, no le hice nada malo. No quise hacerle daño, mami. Yo lo quiero, quiero a mi hermanito. ¿Por qué no puedo estar con él? ¿Por qué no puedo estar contigo, mami, en mi casita, dormir en mi cuarto? Te prometo estudiar mucho, aprender a leer y es-

cribir bonito, como tú, mami, en mis cuadernos preciosos que tú me diste. Aquí solo me dejan caminar por un pasillo de este parque, no puedo ir hasta el árbol y treparme para coger los mangos. Me pegan, mami, y me amarran si lo hago. Me pegan como en el colegio -¿recuerdas?- pero más duro. Sí, más duro. ¿No ves mis morados, mami, en todo el cuerpo? Quiero ir a casa, esta no me gusta. Aquí nadie sonríe, solo la tortuga que me viene a visitar todos los días si me dejan jugar en el parque. ¿Tú me quieres, mami? ¿Por qué lloras, mami? Yo te quiero, no debes llorar...”

Pausa.

ELLA: El diagnóstico de Estela es: Trastorno de Oposición Desafiante. Cuando no está medicada, simplemente es contestona y no se calla lo que siente. Los doctores “adultos” que la atienden consideran que esa conducta no es la adecuada y por eso está aquí. Yo solo observo y callo. Si estos médicos conocieran de mi niñez, ya me habrían encerrado por locura retroactiva. ¿Y digo yo que desde cuándo contestar feo es un signo de trastorno mental? En mi época, eso se curaba con un buen bofetón o chancletazo a tiempo... ¡Y santo remedio! En los tiempos de Estela, sin embargo, se puso de moda tipificar

tanto a los niños en una gama amplia de trastornos tan diferentes, que tal parece el futuro estará en manos de un batallón de desquiciados e insensibles adultos. Eso, en el caso de que Estela y los otros niños de este pabellón lleguen a cumplir al menos 15 años antes de contemplar la idea del suicidio como única opción para escapar de aquí. Ya se nos fue así Eduardo, con solo 12 añitos. Una mañana lo encontramos con la yugular vacía. Él mismo se vació, con la punta de la ventana que estaba un poco rota. Un dulce niño, Eduardo, que aquí había llegado apenas dos meses antes de irse, de largarse de este mundo con una nota escrita a sus padres: “Lo siento, ya no puedo vivir en este cuerpo sucio”, les dejó dicho. A Eduardo lo habían violado en la iglesia donde hacía la catequesis para su primera comunión. Todos sospecharon del párroco, pero nadie le comprobó nada. Al parecer, desde el mismo Vaticano mandaron a “suspender” las averiguaciones y Eduardo solo consiguió sosiego en su propia muerte. Qué ironía... (Pausa). Recoja la piedra, el último que la lanzó. Nos vamos de aquí. Síganme.

Ella mueve al público de puesto, una y otra vez, para luego dejar a cada uno en el mismo lugar donde se encontraban.

ELLA: (*Hablando sola, a sí misma y al mismo tiempo a alguien más que no se encuentra presente*) ¡No, madrina, que no! ¡Aquí no hay karma nada! Estos niños apenas comienzan a vivir y ya están encerrados, tratados como locos, cuando lo único que quieren es soñar, jugar, ser felices. ¿Por qué me dices esto todo el tiempo, qué si toca o no toca sufrir, que el dolor limpia lo que viene sucio de reencarnaciones pasadas? ¿Aún no sabes que no me gusta cuando hablas así, de estas cosas que yo no puedo ver, que no entiendo y que me producen mucho miedo? ¿Te importa a ti mi bienestar y tranquilidad, tú que me bautizaste en la certeza de un Jesucristo que vino a redimirnos a todos? ¿Qué fuerte voy a hacer si me asustas todo el tiempo con tus creencias? ¡Apaga ya esas velas y el tabaco, que estás llenando todo mi cuarto de humo!

Toce fuerte, muy ahogada.

ELLA: ¡Cof, cof, cof! ¡¡¡Fo!!! Encima huele a perro mojado, a hierba podrida, a humanidad descompuesta y recuerdos de ultratumba. Tú, precisamente, quien me puso la mano en mi vientre y supiste lo que venía. ¿Si es verdad que me quieres? Por favor, madrina, deja ya de decirme estas cosas, que no solo no creo, sino que me

ponen los pelos de punta de pensar que le estoy faltando a Dios al osar creer en ellas. ¡Ave María purísima, sin pecado concebida! Perdónala y perdóname a mí también por escucharla, oler sus esencias demoníacas y dejarme drogar con sus oraciones que prometen limpieza y una vida después de esta, mejor, exenta del mal, sin pecados, feliz... Perdónanos, Madre de Dios, porque ella no sabe lo que hace y piensa... Y yo tampoco. No, madrina, definitivamente no voy a hacerlo: no dejaré la puerta abierta para que los niños escapen, ni renunciaré de darle la medicación a David, Estela, Pasquale y Carmella. Ellos no sabrán qué hacer si salen de aquí y se encuentren solos allá afuera, enfrentando un mundo que no quiere saber de ellos, que no se ocupará de cuidarlos. Al menos aquí, me tienen a mí. ¡No, imposible hacer lo que tú me pides! ¿Cómo los voy a dejar a la merced de sus propios destinos? ¡Eso que tú llamas karma no existe! Si yo los dejo ir, morirán, solos, aplastados por la humanidad que está afuera y no los quiere. Te lo he dicho mil y una veces. ¡No insistas, que no lo haré! Por favor, déjame en paz... ¿Por qué no me cantas más bien? Sí, aquella canción que me enseñaste cuando era niña. ¿Recuerdas cuando jugábamos con mis muñecas y tú armabas un teatrillo para narrarme las historias de tus canciones y de aquellos hermo-

sos libros ilustrados que me dabas para Navidad? Así me fuiste también contando, poco a poco, la historia de nuestra familia: la abuela que murió quemada por un descuido en la cocina que nadie pudo prevenir ni supo curar en sus extendidas heridas... La bisabuela que estaba loca y era feliz desnuda por las calles de su pueblo, cantando y bailando antes de que sus hijos nacieran y se volvió “normal”... de aquella tía que decía hablar en las noches, en sus sueños, con el Indio Guaicaipuro y toda la Corte Malandra, que por eso estábamos todos protegidos en la familia, que nada malo nos pasaría... De ti y tus hermanos que encontraron una bomba sin estallar en medio del campo, un día que estaban todos juntos recogiendo tunas para comer, allá en la empobrecida Sicilia de principios del siglo pasado que dejaron un día para conocer estas tierras de gracias... Uff, casi les estalla en sus caras y los dejaba a todos ahí, quietos, calcinados, sin crecer ni enamorarse. ¡Menos mal llegó el abuelo y los apartó en el justo momento que ustedes harían la peor de sus travesuras! ¿Qué de locura sí que sabemos nosotros que crecimos en esta familia? Los recuerdos son imágenes que nos ancla, pertenece y nombra, queramos o no. No escogemos dónde nacer, aunque tú te empeñes en decir que sí, que hasta elegimos a la madre que nos parió.

Ay, madrina, mejor cántame y recordemos lo bonito que hay en estas historias nuestras... Y deja, por favor, de hablarme al oído esas cosas tan feas de otros mundos. El único que tú y yo conocemos es este, con despojos de gentes que han dejado aquí a sabiendas que nunca volverán a vivir ni ser felices. Nunca más, no en esta casa sin memoria...

ESCENA SEIS

Ella vuelve en sí. Poco a poco se recompone, alisando su falda y arreglando su cabello y cofia. Conduce al público al punto de encuentro del inicio del recorrido. Suena el tema principal de la banda sonora del filme Erase una vez en América, de Ennio Morricone.

ELLA: ¿Qué les pareció el recorrido? Vamos, ánimo, ustedes, después de todo, no necesitan estar aquí. Vinieron por otra cosa, que tampoco me interesa saber y por tanto no les pregunto nada... Antes de despedirnos, quiero contarles de mí. Me llamo Lorena. Estuve recluida aquí mucho más tiempo del que vaticinaron mis doctores. Si, así fue, nunca conseguí superar el dolor por la muerte de Estela, mi pequeña bebita que murió en la cuna porque no quiso respirar más. Aquí aprendí a imaginarla creciendo, jugando en el parque con el loro y la tortuga que la visitan cada mañana,

pero los médicos no me permitieron crearle una historia feliz, libre de ataduras ni medicamentos. ¡Bastardos, seres blancos sin almas! ¡Qué poco saben de la condición humana! Solo consigo sentirme cómoda cuando subo al pabellón de Carmella y Pasquale, quienes sin saberlo, se han convertido en mis padres y en mi propia historia de amor truncada. (*Canta con nostalgia*) “Amapola, Amapola, cómo puedes tú vivir tan sola”. Mi esposo me dejó al cumplir el año de la muerte de Estelita. “No puedo superarlo ni esperarte más, debo seguir mi vida”, me dijo el muy cobarde. Se llama David y con los años supe que está encerrado en la cárcel, a causa de sus activismos políticos y sus acciones terroristas. Mi madrina viene todas las semanas y me trae piedras sanadoras, inciensos y unos mandalas muy bonitos con los que tengo decorada mi habitación de aquí. Ella sigue con sus credos y yo en mis incredulidades. “El karma, hija, lo verás superado un día, cuando salgas y continúes tu propia misión de vida”. Ay, vieja loca, un día de estos me dará por creerte y tal vez ocurra que ya no sea la enfermera de este lugar... Mientras no pase, queridos visitantes, quiero pedirles que cuando se vayan recuerden no pisar la rayuela, miren que me cuesta mucho volverla a pintar con tizas de colores bonitos todas las mañanas de mi interminable estancia en

esta casa que no guarda memorias ni historias felices. Espero, de corazón, que cuando vuelvan a visitarme, no habiten ninguna de estas habitaciones. Buenas tardes.

Se retira y deja solos a los espectadores. Una pausa y se apagan las luces.

EPÍLOGO

El público va reaccionando poco a poco y se retira de la casa. Al salir, ven a Ella en la entrada, donde todo comenzó.

ELLA: ¡Bienvenidos! Acomódense por ahí, en el pasillo hay mucho espacio, no tienen que estar amuñados todos... (*Pausa, acomoda al público imaginario*). Tranquilos, nos les va a pasar nada, nada que ustedes no quieran que pase...

Oscuro. Fin.

**Amapola*: Música: José María Lacalle / Letra: Luis Roldán

Caracas, julio de 2020

El *feng shui* del tenedor

Monólogo

Dedicado a ti, Aquilito (Aki les Bá ezto)

PERSONAJE

Ander: 40 años, arquitecto.

ESCENARIO

Caja blanca, desprolija, solo con el umbral de una puerta que da a cualquier lugar que el observador decida. Puede ser un colgante o tener ruedas, lo que sea que permita al personaje moverlo de posición y orientación. Los espectadores estarán sentados en un círculo, rodeando la escena, muy próximos.

ESCENA UNO

ANDER: (*De pie, en el umbral, lo atraviesa varias veces, probando algo en su construcción*). En momentos así es que la recuerdo más. Mi mamá y sus locuras metafísicas. Esotéricas. Brujísticas, como le llamaba ella. “La energíííí, la energíííí, hijo” (*se ríe*). Ella tenía sus vainas, deliraba con ellas... Después de todo, se divertía mucho. Nunca supe cuánto creía en eso que llamaba la mejor explicación de la vida y su universo de cau-sa-lidades, no de ca-sua-lidades que, según Lucecita, no existían. “Lo que es arriba es abajo, hijo”, le escuchaba decir todo el tiempo. Ojalá eso aplicara a esta puerta...

Observa el umbral por todos los ángulos posibles.

ANDER: ¿Quién la puso aquí y así? ¿Por qué o para qué? No me sorprendería que haya sido un capricho de algún colega pasado de creativo (*se ríe*). No entiendo cómo hay quienes no captaron ni papa las clases del maestro Carlos Raúl. Nos lo decía una y otra vez: “La arquitectura siempre, pero siempre, ha de ser funcional”. ¿Pero a dónde me conduce esta puerta que de un lado tiene el este y del otro el sur de esta habitación? Si Lucecita estuviera aquí, le pediría su brújula para medir en qué dirección exactamente da la entrada de esta sala extraña. La estaría oyendo con su perorata de momentos calcados a este: “La energía debe fluir como el agua de un río: con libertad, Ander, con extrema liberación hacia la corriente divina de la creación” (*se ríe*). Loca, madre, loca que eres... Mucha energía y todo lo que quieras, pero esta puerta fue mal ubicada y ahora debo intentar reparar su irracional lógica. ¿Se abrirá hacia la derecha o a la izquierda? ¿Cómo pasarán las personas? ¿A qué lugar las llevará si la sala contigua ni su exterior tienen clara su definición en este escenario inverosímil? Mamá habría intentado dar una respuesta, no importa que fuera absurda para mí... Uf, pobrecita, salirle arquitecto el hijo y no darle el menor crédito a sus creencias.

Lucecita, desde que yo era muy pequeño, procuró para mí la mejor educación posible. Se par-tía el lomo, literalmente, llevando a cuestras mis bultos, morrales, maquetas, reglas, escuadrones y todo tipo de implementos que tocara transportar al colegio cada día que tuviera tareas especiales de diseño. Yo, bien pequeñito, ya me emocionaba en este mundo de líneas y representaciones grá-ficas de figuras en el espacio preexistente, la ver-dad, tanto que prefería quedarme con la maestra haciendo planos que ir a las clases de educación física con los demás compañeros. Claro, también era la mejor manera de ocultar mis pobres des-trezas en eso que las maestras llamaban la motri-cidad gruesa, que para aquellos púberes años de reafirmación de la hombría eran señal cierta de la mariquita que ya habitada mi cuerpo. Y así me salvé de unas cuantas, incluso de aquella en la que todos los machitos del salón decidieron desnudar en el baño del gimnasio y violar, uno a uno en crueles turnos, al niño Boris, el chico flaco y visi-blemente femenino que cursaba un grado menos en aquella escuela de maestros ciegos, sordos, mudos... “¿Y nadie vio nada, no hicieron algo?”, gritaba Lucecita rabiosa y consternada cuando se lo conté. Yo solo negaba con la cabeza, incapaz de pronunciar una palabra, tiritando del miedo y sudando pavor. Por supuesto, al día siguiente

mi madre se presentó ante el director de la escuela, pidió explicaciones que no recibió, obvio, y me tomó de la mano, diciendo: “¡Vámonos, Ander, no vendrás un día más a este recinto de espíritus pobres y violadores infames!”. Pasados varios días ya estaba inscrito en otra institución y se reiniciaba el Vía Crucis por demostrar que mis capacidades eran otras, que las evidencias de no hombría me revelarían frente a todos y que mostrar mis dotes masculinas, desnudo frente a una jauría sedienta de morbo y sexo, no era lo mío. Por eso, rápidamente, me hice amigo de la maestra de arte y me apunté a sus clases de dibujo técnico. Se lo dije a Lucecita más de una vez: “Mamá, ser arquitecto ha sido mi salvación”. Ella no me entendía...

Cambia actitud y se torna algo gracioso.

ANDER: Tampoco comprendía el sentido de mi humor hacia ella: “¡No te rasques la espalda con el tenedor, mamá, que vas a romper el *feng shui* de la cocina!”. Y ella me respondía, lanzándome la chancleta o el zapato que tuviera puesto y que, gracias a las clases de gimnasia que siempre me salté, acertaba con perfecto tino a darme en la cabeza o espalda... (*Sombrío y cabizbajo*) La verdad que yo tampoco leía muy bien lo que pasaba a

Lucecita, más allá de sus creencias misteriosas, enigmáticas para mí, metafísicas para ella. Su cuarto, eso sí, tenía una puerta con sentido, no como esta que aquí ahora me toca arreglar. Entrar a él representaba siempre un acto sagrado. Debía quitarme los zapatos antes, dejarme tocar la cabeza por el atrapa sueños colgado en el umbral, prender la vela olor exquisita cereza de la mesita de noche y recostarme en su regazo, escuchar su respiración ralentizada por la música de meditación, suspirar por su voz dulce entonar un mantra y quedarme dormido unos minutos después. Aquella noche no fue así, no del todo. Cumplí el ritual, no fue mi culpa... Al encender la vela noté la ausencia de sonido y de sus cálidas respiraciones. Yacía inmóvil, serena, con su gesto de placentera satisfacción. No pensé nada malo. ¿Cómo podría hacerlo? Su presencia, así fuera sin vida, siempre era una señal segura de que todo estaría bien para mí... Solo que ahí estaba su carta, escrita con su acertada caligrafía de niña bonita que nunca pude imitar, así lo deseara mucho. (*Se imagina leyendo*) “Perdóname, regreso a mi fuente. Vas a estar bien, te seguiré cuidando”.

Enfatiza que habla con el público, aunque su mirada no está fija en nadie.

ANDER: Y más nada, no dejó explicaciones, ni razones. Al lado, un frasco de pastillas, que no recuerdo bien de qué eran. El médico que vino a levantar el acta de defunción puso ahí: “Muerte por suicidio”. (*Ensimismado*) Más nada, ni falta que hizo. No me dejaron cremar su cuerpo, como ella habría querido, porque Medicina Legal no lo permitió. No sé qué excusas de investigaciones futuras, como si alguien más que yo hubiese amado a Lucecita al punto de pedir una exhumación de su caparazón delgado, hermoso incluso inerte. ¿Quién querría investigar lo incomprensible, el porqué de su decisión para partir de ese modo y no esperar la muerte natural que, después de todo, igual le llegaría? Muchas cosas de ese loco día no las recuerdo, pero sí su expresión de despedida: la paz impresa en su rostro amante, sus labios relajados en señal de canto, sus ojos cerrados sin tensión, sin arrugas en su frente ni angustias en sus pómulos (*sonríe con dulzura*). Creo que debió haber planeado todo durante mucho tiempo y hacerlo con exactitud milimétrica. Ella era así, metódica. Todo ordenado, con un *feng shui* macabro y doloroso que procuró para despedirse de este nivel de penitencia. Así llamaba Lucecita a la vida: penitencia, purga, expiación... Nunca la entendí, aunque sospecho que ella tampoco a mí. Quedamos a mano, creo. Tan a mano, que su

brújula reposa en mi mesa de dibujo sin que yo sepa aún cómo usarla. (*Vuelve a mirar el umbral*)
Lástima que no tomé en serio a Lucecita, tal vez ahora podría aprovechar este instrumento para resolver el misterio de la bendita puerta, arreglar el asunto con el umbral e irme a casa de una buena vez. Las energías de este lugar, la verdad, no me gustan nada, nadita...

Atraviesa el umbral, alterado. Sacude sus brazos y por momentos aletea con ellos de modo enérgico y suave al mismo tiempo. Marca un ritmo y parece que baila una danza de sensaciones mientras sacude la energía de su cuerpo. Sale del círculo y deja solos a los espectadores. Se escucha el tema Loneliest, de Maneskin. Silencio súbito y Ander recita:

ANDER: *Serás la parte más triste de mí
Una parte de mí que nunca podrá ser mía
Es obvio, esta noche será la más solitaria
Sigues siendo el oxígeno que respiro
Veo tu cara cuando cierro los ojos
Es una tortura, esta noche va a ser la más solitaria.*

*Hay unas líneas que he escrito
En caso de morir, eso es lo que quiero
Eso es lo que quiero
Así que no estés triste cuando me vaya*

*Solo hay una cosa que quiero que sepas
Que te amé mucho
Porque realmente no me importa el tiempo que me queda
aquí
Lo único que sé ahora es que quiero pasarlo contigo
Sin nadie más
Esta noche va a ser la más solitaria... **

Sale de escena. Oscuro.

ESCENA DOS

Regresa minutos más tarde. Está incómodo, lo expresa corporalmente: camina, avanzando y luego retrocede, se limpia el sudor de su cara con el dorso de sus manos, sacude su camisa en señal que una sensación de calor que le molesta, mueve la cabeza de oreja a hombro en ambos lados. Del bolsillo de su pantalón saca un papel, lo observa y comienza a abanicarse con él.

ANDER: Luego de tres semanas esperándolo, el doctor me manda esto... ¡Hoy! ¡Vaya, qué oportuno! Es cierto que le pedí que me lo escribiera, que yo no iba a sentarme en el diván una vez más solo para escuchar su diagnóstico... ¡Pero hay momentos de momentos! *(Se inquieta aún más)* Estoy cansado y toda esta exploración me agotó aún más. Él lo sabe, se lo dije más de una vez: “Me siento como un cobaya”. ¿Qué me puede

decir que ya no sepa de mi vida y la precaria situación de mi mente? ¿Para qué tantos test, pruebas, resonancias, laboratorios, escaneos de mi cerebro, agobios unos tras otros? Le dije: “Doctor, recuerde que entre mis fobias está la insoportable idea de quedarme encerrado en una cápsula, un ascensor o una habitación sin ventanas y otros huecos sin luz ni aire”. Ni me oyó. Y claro, era más que obvio que se iba a disparar la taquicardia durante estos estudios. Se lo expliqué: “Esto es consecuencia, no causa”. ¡Tampoco me escuchó! Así que encima fueron también electros y ecocardiogramas, mapas de tensión y frecuencias cardíacas, medicación con bloqueadores de no sé qué betas... “Mientras no sabemos cuál es el origen del desorden rítmico de tu corazón...”

Atraviesa el umbral varias veces, de un lado a otro, bailando su danza de sensaciones.

ANDER: Uf, ni cuando aprendí a bailar a los 14 con quien fue mi primer amor. Él bailarín, yo estudiante de bachillerato con pretensiones universitarias. Al final no fue amor ni nada, tan solo el descubrimiento de cómo sentía mi piel en el roce de otro cuerpo, la embriaguez por el intercambio de caricias, fluidos y sentires, el definitivo encuentro con mi homosexualidad... (*Se va serenando un*

poco y recrea su memoria sensual) Intentó enseñarme, además de las artes amatorias, cómo el cuerpo se logra acompasar con la música a partir de sus pulsaciones, pero él iba a un tiempo y yo nunca logré ir al mismo. Comprendí que tampoco la danza era conmigo, aunque eso no importaba en nuestras tardes de deseos desbordados dentro de su pequeño apartamento en el centro de la ciudad, mientras el sexo nos consumía entre mis risas y sus desconciertos por mis pésimos pasos de baile... (*Algo áspero*) Luego se fue becado a Rusia, para perfeccionar su técnica de ballet. Lo último que supe de él fue que, tras una lesión definitiva de su pie izquierdo, terminó bailando en locales nocturnos de Moscú. Y que igual era feliz, viviendo de su cuerpo y como un rey, sin haber cumplido sus sueños de interpretar roles de príncipes en los clásicos del Bolshoi, sin mayor remordimiento mientras que, eso sí, la sanidad pública lo reconociera como trabajador independiente y le garantizara su tratamiento retroviral de por vida. Antes de irse me dijo: “Ander, hazte una prueba Elisa. No quiero irme con el remordimiento de haberte contagiado el virus”. Y sí, lo hizo. Es decir, se fue y también me contagió. Las locuras juveniles o mi inexperiencia que no lo vio venir...

Regresa al estado de ansiedad inicial.

ANDER: Bah, igual, no creo que nada de lo que diga este informe pueda estar relacionado a mi condición seropositiva: nunca me eché a morir por esto. En mi cabeza hay otras cosas, lo sé, las escucho, pero no las comprendo. Veamos, pues, qué dice: *(lee la hoja de papel que tiene en las manos)* “Saludos”, bla, bla, bla... “Realizados los exámenes” bla, bla, bla, “y analizados los resultados según las matrices” bla, bla, bla, bla, bla... ¡Dios mío, por qué tantos rodeos! A ver, aquí viene: “El diagnóstico del paciente Ander Cruz, 40 años de edad, sexo masculino, es positivo para la condición de”, dos puntos, “AUTISMO”... *(Se congela un instante, luego retoma como si nada)* Firma, sello del doctor, sello de la clínica y... “Postdata: ven a mi consultorio, Ander, aquí te lo explico todo. No te angusties, que de esto no vas a morir, al menos no todavía. Naciste así y podrás lidiar con ello por el resto de tu vida. Te espero el martes, a la hora de siempre. No estás solo, cuentas conmigo...” *(Se pierde en una mirada interior, como si estuviera desconectado con el tiempo-espacio presente. Pasado el instante, regresa inalterado)* ¿Autista yo? ¿A los 40 años? ¿Qué es esto? ¿Cómo pude llegar hasta aquí? ¿Si yo solo fui a consulta porque no logro dormir bien y la ansiedad me está matando?

Se altera de nuevo.

ANDER: ¡Ja! ¿Y cómo descansar si cada vez que logro cerrar los ojos está ahí, Lucecita, diciéndome cosas, susurrándome al oído, cantándome sus canciones, rezando a mi lado, atrapando mis sueños? Al principio me reconfortó su presencia angelical y lo interpreté como una premonición de que algo debía yo cambiar en mi existencia. Ella tan creyente y yo, siempre, incrédulo, racional, agnóstico, escéptico, laico, seglar, profano a no más dar. Lucecita insiste en que yo conecte y yo no estoy interesado más allá que vivir mis días con modesta resolución, atender a mis clientes, satisfacer sus necesidades, así ellos mismos no sepan cuáles son (*señala el umbral con una mano*), llegar a casa en la noche, ponerle la comida al gato, recoger la cocina, repasar unos cuantos planos, tomar una ducha, poner musiquita, tomar un libro... ¡E intentar dormir! Llevo meses en estado insomne, agotado, decaído... ¡Pero no autista! ¿Qué es esto? Yo solo quiero que me declaren esquizofrénico o algo así, que me mediquen, me amarren o me encierren, que me quiten la voz de mi madre de la cabeza, que no la entendí nunca y menos ahora que está muerta... ¿Qué tienen que ver mis desvelos con que ahora tengo una condición rara, incapacitante? ¿Qué broma es esta? ¿Me están grabando? ¿Dónde están las cámaras?

¡No vale, esto es un fraude! (*Así mismo*) Uno, dos, tres... respira profundo, Ander, retén la respiración, suelta, exhala lentamente, recuerda cómo lo hacías con Lucecita... (*Se da golpecitos en el pecho con los dedos*) Masajea tu timo, para tus pensamientos, silencia la radio en tu cabeza, pon la mente en blanco, vamos, Ander, sí puedes hacerlo... Pon tus ideas en orden, primero que nada. Fuiste a la consulta del doctor porque no te sentías bien, insomnio pertinaz, bajaste de peso y que, en fin, te tocaba hacerte un chequeo. Autismo no puede ser un diagnóstico de algo que no estabas buscando. Ya a estas alturas, que me puede interesar conocer el porqué de mi rara percepción del mundo. No le encuentro sentido... Sigo solo. Bueno, con la compañía de mi madre en las noches, pero por lo demás solo, sin importarme mucho la interacción social más allá de algún amante furtivo de noches en bares y una que otra conversación con algún colega conocido de la universidad, en cualquier café de moda en esta ciudad sin piedad ni alma. No tengo amigos, pero tampoco quiero tenerlos. Siento poco interés por los intereses de mis clientes, voy solo al punto de aquello que esperan de mí, nada más. ¿Por eso hay que pensar y actuar dentro de la caja? ¿Qué más esperan de mí? Mamá, te desilusioné, ¿cierto? No fui un buen hijo para ti, ¿verdad? (*Molesto*) ¡No,

no quiero esto del autismo! No me define, ni me interesa comprender por qué. Solo deseo dormir y descansar, que Lucecita apague su voz en mis noches de eterna inquietud, al menos unos pocos días, una vez, un instante o un nanosegundo, no pido más... ¡Y me deje en paz! ¿Tengo que ser normal para pedir tanto?

*Atraviesa de nuevo el umbral, triste. Se escucha el tema
Pétalo de sal, de Fito Páez.*

*Furioso pétalo de sal
La misma calle, el mismo bar
Nada te importa en la ciudad si nadie espera
Ella se vuelva carmesí
No sé si es Baires o Madrid
Nada te importa en la ciudad si nadie espera
Y no es tan trágico mi amor
Es este sueño, es este sol
Que ayer pareció tan extraño
O al menos tus labios
Yo te entiendo bien
Es como hablarle a la pared
Y tú podrías darme fe
Furioso pétalo de sal
La misma calle, el mismo bar
Nada te importa en la ciudad si nadie espera
Y no es tan trágico mi amor*

*Es este sueño, es este sol
Que ayer pareció tan extraño
O al menos tus labios
Yo te entiendo bien
Es como hablarle a la pared
Y te imagino dando vueltas en el vecindario
Algo tienen estos años que me hacen poner así
Y decirte que te extraño
Y voy a verte feliz ***

Ander improvisa un atropellado baile a dos con un amante imaginario. Sale del círculo y vuelve a dejar solos a los espectadores.

ESCENA TRES

Antes de regresar, Ander pide a los espectadores que volteen las sillas y se sienten en sentido opuesto al centro del círculo, de espaldas al umbral. Entra nuevamente con una guitarra e interpreta La casa azul, de Aquiles Báez. Les hablará a algunos asistentes cerca de sus oídos, como susurrando, por momentos breves, para luego alejarse del público.

ANDER: Hoy es el día de aniversario de muerte de Lucecita. Aniversario luctuoso, le llaman. Siete años ya... Parece lento el tiempo sin ella y, sin embargo, los acontecimientos ocurren a la velocidad de la luz. No doy en imaginar cómo pudieron ser sus últimos minutos de vida ni la razón que fi-

nalmente la llevó a irse de esa manera. Me gusta creer que estaba soñando bonito y que se fue liberada, feliz de haberme dado vida y confiada que yo estaría bien. Si ahora mi existencia continúa con esta carga de una mente diversa, imagino que no podrá ser diferente con sus locuras energéticas ni su *feng shui* peculiar. Como extraño echarle bromas y hacerla reír... “Lucecita, deja ese tenedor sobre la mesa. Vas a romper el equilibrio y la armonía en esta casa. ¡Y ni se te ocurra lanzármelo en la distancia, que si me pegas te vas a arrepentir luego!” (*Se ríe con melancolía*) ¿Y ahora? Pues resulta que tanto esta puerta sin sentido, como el informe médico de espanto que acabo de leer, todo me trae al lugar donde solo puedo añorar su incomprensida vida en mí. Lo peor que llevo es no poder extenderme en su regazo a temblar un rato, a descargar mi terror sobre su suave panza mientras ella pasa dulcemente sus manos sobre mi cabeza... Esperé todo lo peor, el anuncio de mi final cerca. Creí que me diría el doctor: “Ander, tu carga viral está extremadamente alta y tus síntomas están activados por el Sida que ya controla todo tu cuerpo”. Nada de eso me dijo. Ciertamente, estaba preparado para escucharlo. ¡Qué ironía! Saberme finito me resulta natural. Seguir aquí sin comprenderme ni entender el mundo físico que me rodea, sus intensi-

dades y sentidos alterados, que es como siempre he percibido “el todo”, hacerlo sin Lucecita, esto sí que es un peso que me asusta, me abruma, me deja sin tener certeza de dónde conseguir esas energías liberadoras de las que ella tanto me hablaba... ¿Es el suicidio la única salida? Después de todo, a ella le funcionó. ¿Para qué? No lo sé, pero dejó de sufrir. Dejó de lamentarse por su destino. Dejó de reír también y de cantar, de echar las cartas, de marcar la orientación de la casa con inciensos, cuarzos y velas, de llorar cada noche antes de caer rendida para luego sonreír mientras dormía. Nunca me contó sus sueños, porque decía no recordarlos. Pero yo, al verla, sabía que ahí, en esa otra dimensión a la que viajaba con su cuerpo astral, era profundamente feliz. Y esa felicidad yo la odiaba, por el simple hecho de no estar con ella. Para Lucecita, el amor era algo más espiritual, que podía o no estar encarnado en una pareja o un hijo.

Escoge un espectador y le habla como si fuera él mismo, evitando hacer contacto visual.

ANDER: “El don de amar viaja por las estrellas y no se detiene en ninguna de ellas, amor mío. Déjate llevar y conocerás galaxias inexistentes en tu imaginación, se expandirá tu ser hasta volverte

uno con el universo y ya nada te hará sufrir... serás uno con el infinito". (*Ensimismado. Se habla con una rabia que va creciendo*) ¿Sí, mamá? ¿Segura? ¿Cómo se entiende el autismo en esa dimensión de luz pura donde estaba bien tomarte todo el frasco de pastillas para dejarme solo, por siempre, en este punto tan terrenal como cargado de culpas y dolores? ¡Te odio, Lucecita! ¡Y te extraño a morir! ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué?

Llora, pero muy silenciosamente. Toma de nuevo la guitarra y toca el pasaje final de la canción de Aquiles.

ANDER: Señoras, jóvenes, señores, discúlpeme, no quise alterarme así, que pena con ustedes, por favor, excusen mi explosión emocional, no suelo ser así... ¿Pueden volver a voltear sus sillas y mirarme a la cara, por favor? Vamos, lentamente, no tenemos que apurarnos, yo les ayudo... Gracias... ¿Tiene idea alguien cómo voy a resolver la reinstalación de esta puerta? Quiero terminar este trabajo pronto y poder irme a casa. ¿No sienten cargadas las energías en esa sala? ¿No? ¿Y ese frío que recorre toda mi espalda y se instala aquí, en la coronilla de mi cabeza? ¿Tampoco lo sienten? ¿Y ese sonido de campanas que entra por mi oído derecho y sale más fino por el izquierdo susurrando melodías lejanas? ¿No les

aturde? ¿Pueden mantener la mirada de mis ojos que va en dirección directa a los suyos? ¿No les angustia? ¿No les abruma la sobrecarga sensorial de este espacio con orientaciones fluidas?

Toma el umbral y lo hace girar, dar vueltas por todo el círculo.

ANDER: ¿Sabe usted cuál es el sur? ¿Y usted, logra identificar el norte, el este, el oeste? ¿No? Aquí tengo la brújula de mi mamá (*saca algo del bolsillo de su pantalón*), pero no la sé usar. ¿Para qué, si no puedo orientar nada con ella? ¿Para qué me la dejó, entonces?

Pausa para tranquilizarse.

ANDER: Un día fuimos a la playa. Yo tenía cinco años y Lucecita ya era viuda. Recuerdo que lloraba por papá todas las noches durante mucho, mucho tiempo. Ese día, en cambio, amaneció de buen ánimo y me montó en su Volkswagen rojo, con toda su perolera playera, cava, toallas, sombrillas y un *Tuperware* lleno de muslitos de pollo frito, rumbo a Camurí Chico. En el camino nos abastecimos de refrescos y cervezas, porque a ella le encantaba tomarlas solo cuando iba al mar. Llegamos y se tendió al sol, con su cuerpo aún joven y radiante, embadurnada de bronceador y

pegada a sus enormes lentes de sol. Yo, a su lado, jugaba con un tobo y una pala -a hacer castillos de arena, que no me quedaban nada mal y que ya preanunciaba mi destino profesional, por cierto- cuando ella me pidió que entrara al agua a disfrutar un poco del mar y hacer algún amigo que quisiera jugar conmigo. En principio, no me pareció mala idea y así lo hice. Ella se quedó sumisa al sol y sumergida en sus pensamientos, que no sé cuáles eran. No notó que nadie acudía a mi auxilio, enredado como quedé en un remolino de olas que me revolcaban ahí mismo, en la orilla, pero que no me permitían ponerme en pie. Fue mi primer contacto intenso con la idea de la muerte, pues pensé que fallecía en el peor momento de mis fuerzas agotadas. Solo la pensaba a ella, en que no la vería más. Ni ella a mí tampoco. Fue una emoción muy fuerte de tristeza y derrota, al mismo tiempo que me irritaban todos mis sentidos: primero mi piel estrellada con miles de punzantes agujas de arena, pero luego el olfato nauseabundo, el gusto cargado de sal, los oídos que estallaban en un silbido intenso y agudo, la luz intensificada y cegadora... Mi naturaleza estuvo toda a punto de rendirse entregada a mi destino final... Cuando de golpe sentí un fuerte jalón por mi cabeza y la masa del aire entrar nuevamente a mis pulmones. Fue sorprendente

y apenas pude darle las gracias a aquel bañista de más de dos metros de altura que me sacó, tomándome de la melena y lanzándome a la arena en un segundo. Lucecita seguía tendida y entregada a sus sueños, tal vez acompañada por papá, pues cuando llorando y aún asustado pude llegar a ella, la encontré iluminada. Ni siquiera le conté lo que me había pasado, porque no quise romper su estado de fugaz y tenue felicidad. En cambio, dejé que creyera su propia explicación: lloraba porque otra vez no pude hacer un amigo... (*Remedando*) “Ander es tímido, le cuesta interactuar con niños de su edad... que su temperamento no lo hace popular, como otros, pero que igual yo lo amo con toda mi alma porque él es mi hijo viajero estelar...” Igual todo era cierto, pero ella nunca lo supo. No supo que la razón era este autismo que ahora me anuncian. Pobre Lucecita, ella hizo lo que podía por mí, en medio de su propia batalla por la depresión que le había dejado la muerte accidental de papá, aquel día que no llegó en su vuelo como estaba previsto... Nunca nos entregaron sus restos mortales, porque de él ni de los otros 158 pasajeros quedó nada que rescatar. Yo no lo recuerdo bien, a papá, digo... Apenas una borrosa fotografía de los tres juntos, abrazados junto al árbol de navidad de la que era nuestra casa en La Pastora. Luego de su muerte, las mu-

danzas fue lo más repetido que ocurrió en nuestras vidas mientras yo fui un escolar que había que cambiar de colegio cada vez que las cosas no marchaban bien. Pobre Lucecita, tantas cosas que debía solucionar, sola, conmigo como carga, que creo que hizo muy bien no indagando en mi peculiar forma de ser y ver la vida... (*A sí mismo*) No te reprocho nada, mamá. Lo de no entendernos fue, digamos, un asunto mutuo. Sin papá a nuestro lado, sé que esperaste que yo fuera tu sostén emocional. Hice lo mejor que pude, disculpa no haberlo logrado. Traté de darte la mayor felicidad. No lo logré, porque yo mismo no sé ser feliz. Sé que te hacía ilusión que yo fuera padre, pero ya sabes que eso de la adopción no lo contemplé nunca, más cuando ni siquiera he logrado tener una relación estable para asumir la crianza de un niño. Tú me marcaste, Lucecita, porque una madre entregada como tú no es fácil de encontrar. No importa, en serio, que no me hayas entendido. Ya ves que yo mismo nunca me supe bien, ni comprendí siquiera mi naturaleza y por eso decidí ser solo, estar conmigo mismo. Perdóname, ahora me siento culpable. Nunca fue mi plan dejarte a ti también por fuera, al menos no conscientemente... Tampoco era para que te fueras así y me dejaras sin tu presencia tan antes de tiempo...

Al público, evitando verlo a los ojos.

ANDER: Y ella, con su *feng shui* del tenedor, optó por convivir conmigo, mi humor negro, irónico y sarcástico eternamente en nuestras conversaciones, que al menos servían para hacerla reír... Querido público, gracias por acompañarme hoy. Habría sido peor sin ustedes. Salgamos de la sala ahora, porque no creo que podamos resolver el misterio de esta puerta. Dejémosla así y que venga otro con más inteligencia a volver a colocarla en un sitio con sentido. Eso debería ser la lógica de todas nuestras acciones: una vida sin propósito no es vida ni es nada.

Recoge la guitarra, da un último vistazo al umbral, como si también se diera una oportunidad de resolver su misterio. Desiste con fastidio y comienza a retirarse cabizbajo del círculo y de la escena. Se detiene de pronto y voltea hacia el público.

ANDER: (*Extendiendo sus brazos en cruz*) Un favor les pido, eso sí: enciendan una vela blanca por el alma de Lucecita cuando lleguen a sus casas. Si pueden, pónganla en sentido norte de las puertas de sus hogares para que ella se sienta feliz y pueda, finalmente, descansar en paz, con *feng shui* y armonía... Donde quiera que esté ahora.

Abraza la guitarra y se ensimisma al tocar La casa azul.

Oscuro. Fin.

*Letra traducida al español de la canción *The Loneliest*, del grupo italiano Maneskin.

Autores: Damiano David / Ethan Torchio / James John Abrahart / Jason Gregory Evigan / Rami Yacoub / Sarah Theresa Hudson / Thomas Raggi / Victoria De Angelis

**Letra de la canción *Pétalo de sal*

Autor: Fito Páez

Caracas, septiembre 2022

ROSAS BLANCAS SOBRE MI TUMBA

Unipersonal, una historia de ficción inspirada en personajes y hechos reales

PERSONAJE

MADAME BLAVATSKY / SOPHIE SCHOLL: tienen 40 años y 21 años, respectivamente. La primera es una mujer vidente que toma el nombre de una médium ucraniana. Entre sus facultades está la de viajar en el tiempo, pero sin querer queda atrapada en medio del Caracazo en el año 1989. La segunda se manifiesta a través de ella: es una joven estudiante que fue ejecutada en Múnich por el ejército Nazi en 1943. ¿La razón? Su activismo en la resistencia alemana en contra del régimen de Adolf Hitler.

ESCENARIO

Caracas. Interior de una casa toda destrozada por una requisita hecha por la Policía Metropolitana minutos antes. Afuera se escuchan disparos, gente corriendo y gritando desesperada. La sala tiene una mesa y cuatro sillas patas para arriba, un televisor de cajón con su pantalla reventada, volantes, panfletos, libros y periódicos dispersos por todo el piso. En una esquina, un altar donde se ven

imágenes de José Gregorio Hernández, María Lionza, el Indio Guaicaipuro y la Corte Malandra. Las velas aún humean y algunas flores están marchitas. En otro rincón hay una pequeña repisa con un jarrón de rosas blancas recién abiertas, que expiden su aroma característico y destaca en belleza en medio del ambiente lúgubre, polvoriento y desolador. Madame Blavatsky entra y ordena un poco el espacio, levantando la mesa y sillas para poder sentarse a descansar. Viene azorada, como escapando de algo o de alguien. Se apagan los gritos y se comienza a escuchar el aria Barcarolle, de la ópera Los cuentos de Hoffmann de Jacques Offenbach.

ESCENA ÚNICA

Luego de algunas respiraciones profundas, se seca la frente con el interior de la manga de su vestido camiserero, algo rajado y sucio. Se mueve en el espacio de aquella casa con soltura, aunque apenas está conociendo sus líneas y volúmenes. Silencio súbito.

BLAVATSKY: ¡Uf, por poco no me salvo de esta!

Madame Blavatsky se sorprende con todo lo que encuentra. Como si fuera una niña emocionada por recibir una muñeca nueva, toma algunos libros y papeles del piso.

BLAVATSKY: ¿Qué estarían buscando estos infames aquí? ¿Propaganda comunista? Mmm...

Déjame ver... Por aquí un ejemplar del *Manifiesto del Partido Comunista*... Marx, Engels... *El príncipe*, Maquiavelo... Tampoco diría yo que es material subversivo. A ver qué otra cosa veo por aquí...

Da vueltas por la habitación. Observa las paredes, encuentra un título académico colgado. Se acerca más para lograr leer lo que en él dice.

BLAVATSKY: “Francisco Pérez, Licenciado en Comunicación Social...” (*Se estremece*) Ah, por lo visto esta es la casa de un periodista, graduado de la Universidad Central de Venezuela. Mmm... Interesante... (*Sigue explorando el espacio*). A ver que más tenemos por aquí... ¡Oh, pero un altar de los míos! Ok. ¡Intuición lógica, razón sensible! Por eso se lo llevaron. Imagino que la policía lo metió preso y por ello todo este desorden... Lástima, la verdad que no podré ayudarlo, no sino logro descifrar porque yo misma estoy aquí. ¡Quedé atrapada en este tiempo, en tamaña revuelta! (*Fastidiada*) Cada día comprendo menos porque se me asignó la tarea de viajar en el tiempo. Yo de esta historia lo conozco todo. Bueno, todo lo que se puede conocer en medio de tantas conspiraciones y versiones adaptadas a las conveniencias de los distintos movimientos políticos que participaron en primera, segunda y hasta tercera línea

de confrontación. Nada aquí fue espontáneo...

Aún más fastidiada. Lo cuenta a todo al público, pero no mira a sus ojos. Para ella, ser viajera del tiempo es estar intangible y presente a la vez. Le importa muy poco si la entienden o no.

BLAVATSKY: Lo peor es que el calendario dice que hoy es apenas 28 de febrero de 1989. Uf, aún faltan más horas, con sus muertes, sus presos, las torturas, los saqueos, tantos destrozos... Días que darán luego paso a los años. Después vendrán otros febreros, noviembre, unos abril, intentos de golpes de Estado, derrocamientos, rescates, revoluciones, hambre, hambre, mucha hambre, niños en las calles, jóvenes caídos, balas perdidas, universidades cerradas, más pobres cada día... Pensar que Constantinopla no fue tomada en una jornada; los otomanos tuvieron que bregar mucho, por años. Vencer la resistencia romana parecía un imposible... Así es aquí. Nada fácil le tocará a esta gente... Pero yo no se los vengo a decir. No lo tengo permitido ni es mi misión.

Sigue recogiendo un poco el desastre de la habitación y alcanza a sentarse en una silla.

BLAVATSKY: Mientras se me revela la tarea de este viaje, lo mejor que puedo hacer es armar un huequito aquí para descansar y alejarme un rato de estas calles, que están que arden...

Se escuchan disparos a lo lejos y gente gritando. Se sobresalta y brinca de la silla. En breve vuelve a sentarse, apoya sus codos sobre la mesa y su rostro sobre sus manos, en posición de descanso.

BLAVATSKY: Hay días que quisiera ser normal. Así, con cuerpo fijo en una sola dimensión, como la mayoría le ocurre a la mayoría de las personas... Pero, bueno, no es lo que me tocó, conformarme es lo que me queda...

Luego de un breve instante de silencio y relajación, Madame Blavatsky comienza a temblar. Los ojos giran hacia atrás y quedan en blanco. Cierta estado catatónico invade su cuerpo. De pronto, todo su torso, incluyendo brazos y cabeza, comienza a ejecutar una coreografía de movimientos circulares, repetitivos, primero con gestos grandes y expresivos y luego las mismas acciones ejecutadas en una escala mínima. A la par, la respiración se agita y acelera hasta llegar al éxtasis antes de frenar en seco toda acción de su cuerpo. Se transforma por completo: su postura, expresiones y posición cambian radicalmente. Hay en su lugar una mujer mucho más joven, con cara de desconcierto

y los ojos muy abiertos. Su apariencia es mucho más dulce, incluso se le nota inocencia debajo de la expresión inusitada que la embarga al llegar. Sus movimientos también son más sutiles, etéreos, como los de un cisne moribundo. Mira todo a su alrededor, extrañada y sin comprender dónde está. Fija la mirada en las rosas blancas y se le ilumina el rostro. Corre hacia ese rincón, las toma y las aprieta contra su pecho. Vuelve a la silla a sentarse.

SOPHIE: ¡Yo pedí que las pusieran sobre mi tumba! Ahora, por fin las encuentro. ¡Malditos soldados, ni un simple ruego para que tuvieran corazón y fueran indulgentes con nosotros!

Madame Blavatsky vuelve en sí. Se toma unos segundos para sacudirse y darse cuenta que había canalizado al espíritu de una joven. Al notar que las tiene en sus manos, suelta repentinamente las rosas y caen al suelo.

BLAVATSKY: (*Alterada, pero no sorprendida*) ¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? (*Vuelve a sacudirse, como si algo del momento anterior aún se encontrara sobre ella en forma de polvo o pelusa*) Disculpa no poder darte una bonita bienvenida, que seguro mereces, no digo que no... De hecho, creo que no llegaste en el momento ni el lugar más adecuado. Aquí las cosas están bastante movidas y si necesitas ayuda para conseguir la luz y cruzar el portal, tal vez po-

dríamos dejarlo para más tarde. Yo misma no sé todavía por qué llegué aquí y dudo que tú vengas a darme esa respuesta.

Se repite la coreografía, pero en esta ocasión Sophie toma el cuerpo de Madame Blavatsky de modo más sutil y tranquilo. Recoge las rosas del piso y las vuelve apretar contra su pecho. Se levanta y hace un reconocimiento por toda la habitación, fijando su mirada en los papeles dispersos por todos lados. Toma algunos y los aprieta junto a las rosas.

SOPHIE: Panfletos... volantes... octavillas... Yo también tenía las mías... Hasta que me encontraron con ellas en las manos y el ejército me encarceló. Mi juicio duró solo unas horas. La sentencia fue de muerte y ahí me dejaron, junto a mi hermano Hans, sin vida y sin rosas.

Nota que tiene en manos portadas de varios periódicos y lee los titulares principales en voz alta.

SOPHIE: “Poblada saqueó a Guarenas y la Guardia Nacional sacó los tanques a la calle...” “Suspendidas las garantías...” “Toque de queda en todo el país...” (*Deja caer los periódicos de sus manos, mientras pierde su mirada entre sus pensamientos*) ¿Qué habrá pasado? ¿Se levantó el pueblo en contra del Führer? ¿Lo habremos logrado? (*Se desespe-*

ra) ¡Tengo que salir de aquí! Debo conseguir a los compañeros y comenzar la segunda fase del plan. No podemos perder el tiempo, cada minuto cuenta. La liberación ya debe estar cerca. ¡Seremos libres, redimidos de tanta crueldad, listos para iniciar la reconstrucción de Alemania! Es tiempo de que la Solución Final sea para que ellos dejen el poder y no para... Ya veremos cómo, pero ahora debo salir de aquí...

Se escuchan de nuevo disparos y gritos en el exterior. Se detiene en seco. Hace el gesto de asomarse a la ventana, pero siente un terror indescriptible que la frena en sus intenciones.

SOPHIE: ¿Dónde estoy? ¿De quiénes son esos gritos que escucho? ¡¿Hans, dónde estás?! ¿Eres tú, hermano, quién está pidiendo ayuda allá afuera? Mira, Hans, aquí están las rosas blancas, las que esperamos aquel día de nuestra muerte. Estaban aquí... No sé cuál es la señal detrás de este sitio ni que está ocurriendo. ¿Será que ya cayó el monstruo?

Pausa para mirar a su alrededor. Se sorprende con todo y, al mismo tiempo, le parece familiar el lugar y la situación.

SOPHIE: ¿Dónde estás mujer? Cuando llegué aquí tú me hablaste, pero ahora no te veo. Por favor, ven, conversa conmigo. Necesito hacerte

preguntas y que tú me expliques qué es este lugar y por qué están aquí mis flores. Yo me llamo Sophie. Sophie Scholl, para servirte. (*Con orgullo*) Nací en Forchtenberg, Alemania, el 9 de mayo de 1921 y pertenezco al movimiento de resistencia llamado Rosa Blanca. Hans es mi hermano. Luchamos contra Hitler... Y tú, ¿cómo te llamas?

Sophie sale del cuerpo de la mujer con suavidad, luego de dar unos pocos pasos hacia la silla donde antes estuvo sentada. Madame Blavatsky lleva las rosas hasta el jarrón donde estaban originalmente, las pone con cuidado y esmero, celando que no se lastimen. Entiende que son muy importantes para el espíritu de la joven que recién había canalizado. Se sienta y se dispone a responder, luego de una respiración profunda y calmada. A lo lejos se escucha con intermitencia Hay fuego en el 23, de la Sonora Ponceña, de modo intercalado con gritos de: “¡Váyanse, hijos de puta, o los quemamos vivos!” En respuesta, más ráfagas de tiros y luego silencio profundo.

BLAVATSKY: Tranquila, Sophie... Me llamo Madame Blavatsky. Soy una viajera del tiempo y te pido te calmes un poco para que me escuches. A alguien se le ocurrió asignarme funciones videntes y de enlace con la otra dimensión de donde tú vienes. Estás aquí porque yo te canalicé con mi cuerpo. (*Retoma la tarea de recoger y limpiar un*

poco el lugar) Disculpa, no te esperaba, la verdad... Lo que ocurre allá afuera es una revuelta de un pueblo que está protestando porque aumentaron el precio del combustible que utilizan para vivir. Tienen hambre y sus gobernantes no los escuchan. Imagino que esta situación hizo que tú me contactaras en este lugar y tiempo peculiares, porque tienes algo que debes terminar de resolver para poder “descansar en paz”. Por cierto, mi nombre real es Helena Petrovna Blavatsky.

Sigue la tensa calma afuera. Madame Blavatsky se asoma a la ventana para constatar que no está pasando nada por los momentos.

BLAVATSKY: Nací en Dnipró, bueno, digamos que en Ucrania, la tarde del 12 de agosto de 1831. Lo de vidente me vino de niña... Un día mi abuelo me llevó de viaje y llegamos al Tibet. Lo que vi allí me cambió para siempre. Juntos transitamos luego otros éxodos en territorios de Egipto, Grecia y Turquía, donde me inicié en el conocimiento de lo oculto, las religiones y los saberes ancestrales de muchas culturas. Conocí el esoterismo, pero también los principios de Buda. Poco a poco me fueron llegando las misiones y todavía ando, como me ves, viajando por el tiempo y los más apartados lugares del mundo. (*Vuel-*

*ve a asomarse a la ventana y todo sigue en calma sospecho-
sa)* A esta ciudad la he visitado muchas veces. La primera fue en 1811 y estuve en fila de honor en el acto de declaración de independencia de este país. Era una colonia, española. En el futuro lo volverá a ser, de otros países... Pero no tengo el don ni permiso de interferir en las historias que me toca presenciar durante mis visitas. Estoy aquí solo para canalizar almas sin descanso y es visto que hoy tengo que atenderte a ti, Sophie Scholl.

Busca una silla y se sienta. Comienza un nuevo relato que la hará estremecerse aún más. Ella cree que es fuerte, cuando en el fondo sufre mucho.

BLAVATSKY: La historia de tu tiempo también la conozco, porque en uno de mis viajes estuve dentro del campo de concentración de Mauthausen, en Austria, ayudando a las almas apátridas de soldados españoles que habían sido rechazados por su gobernante y corrieron el mismo destino que los judíos, gitanos, socialistas, comunistas, sociales demócratas, homosexuales, cristianos y hasta testigos de Jehová. Eran cadáveres que caminaban y aún transpiraban hilos de aliento. Los explotaban, Sophie, haciéndolos sacar piedras de granito de una gran cantera para la construcción de lo que ellos, los nazis, llamaban “La escalera

de la muerte”. También sacaban todo el material con que pretendían pavimentar las calles de Alemania completa, como ya lo habían hecho con las de Viena. Fue terrible lo que presencié en ese lugar: tratos inhumanos, vejaciones que no tengo estómago para describirte... Cuando ya no les servían para el trabajo con la piedra, pues los llevaban de paseo al bosque y allí los ejecutaban a mansalva. (*Se estremece*) Hombres y niños por igual, completos o mutilados. Los que medio podían valerles en el trabajo de la cantera se quedaban un rato. A los discapacitados, ancianos o enfermos los montaban en furgonetas apenas llegaban al campo y, si se querían ahorrar el viaje al bosque... Pues los mataban con el gas del auto, utilizando el mismo tubo de escape invertido para que se concentrara dentro del cajón donde iban los prisioneros. Había mucho morbo en aquellas acciones, Sophie... Los soldados, que formaban las unidades de La Calavera, se doblaban de la risa y tomaban licor, brindando mientras pisoteaban los cuerpos sin vida de aquellos condenados...

Se ven lágrimas escaparse por su rostro.

BLAVATSKY: (*Nostálgica*) Justo ahí tuve mi primera pérdida... No sufras con lo que te cuento, des-

pués de todo fue lo mejor. Con un niño en brazos estos recorridos habrían sido mucho más difíciles. No te niego que me ilusionó la idea de tenerlo, así fuera en aquella áspera y lúgubre barraca, que al fin y al cabo su concepción fue amable, bonita... Se llamaba Oskar y era alemán, como tú, Sophie. Y me hizo sentir que era bella, amada, deseada y protegida. Qué ironía, porque era uno de esos soldados de la SS que los perseguía a ustedes. Ya ves, somos luces y sombras, Sophie, aunque reconozco que en ti predomina la luz...

Se toca el vientre con gesto de dolor emocional. Respira profundo antes de continuar.

BLAVATSKY: No siempre son amables estos viajes, Sophie. Imagino que tu peregrinación hacia la muerte final tampoco lo es, pero a mí me toca seguir anclada en esta dimensión, viendo y sufriendo lo que la gente, como los de allá afuera, tienen que vivir en situaciones de injusticia y delirio de unas pocas mentes descompuestas, ganadas para el mal.

Madame Blavatsky se acerca a las rosas blancas y vuelve a tomarlas en sus manos, esta vez con gran delicadeza. Las huele sin prisa, disfrutando el aroma que despide. Se relaja apenas, antes de que el estremecimiento vuelva a su cuerpo: Sophie regresa a la escena.

SOPHIE: (*Angustiada, se levanta y mira a todos lados, sintiendo que la están persiguiendo. Tira las rosas al suelo, desesperada*). ¡Corre, Hans, nos atrapan! ¡Corre, hay que avisarles a todos que nos descubrieron! Dios quiera que no sepan de nuestros planes y no encuentren la linotipia en nuestra habitación. De lo contrario, ya podemos despedirnos de esta vida, hermano.

Mira a su alrededor y se sosiega un poco al ver que sigue ahí sola.

SOPHIE: Nuestro amigo George siempre me lo decía, Hans: “Sophie, el gobierno o, mejor dicho, el partido, controla todo: los medios de comunicación, las armas, la policía, las fuerzas armadas, el sistema judicial, las comunicaciones, los viajes, todos los niveles de educación desde el jardín de infancia hasta las universidades, las instituciones culturales y religiosas. Adoctrinan a los niños y jóvenes hasta hacerlos denunciar a sus propios padres si ellos no están de acuerdo con el régimen. Lo sabemos. El objetivo es tener el control total de nuestras mentes y voluntades. ¡Debemos acabar con esto!” También me decía, más en confianza, que Hitler nos tenía a las jóvenes en planes de procreación de su descendencia perfecta. “No te dejes atrapar nunca, Sophie”, me repetía una y otra vez.

Se acerca a la ventana. Afuera la situación sigue en tensa calma. Silencio.

SOPHIE: George logró escaparse, espero que siga vivo y cuando sea el momento propicio, le cuente al mundo toda la verdad de lo que vivimos y la gesta que nuestra organización intenta para frenar todo aquello que está devastando a media Europa. El gobierno habla de eutanasia, Hans. Y sin vergüenza promulga políticas para proteger la genética alemana. Todo esto me causa un horror indescriptible. Lo sabemos, tú y yo lo descubrimos a tiempo. Qué pavor lo que nos tardamos en darnos cuenta. Toma, Hans, allí, en algún lugar hay un puñado de octavillas de la organización. Vayamos a repartirlas entre los estudiantes de la universidad. Primero, eso sí, escapemos de los oficiales que están cerca, como sabuesos que intentan cazar sus víctimas. No hay vuelta atrás, hermano. ¡Unámonos a la Rosa Blanca y permanezcamos ahí! Si la muerte nos sorprende, que al menos sea haciendo lo correcto.

Se escuchan nuevas detonaciones. A lo lejos, unas sirenas de patrullas policiales indican que se están acercando al lugar. Poco a poco, se aplacan las voces, como si la gente de afuera corriera a esconderse o, al menos, a hacer silencio para que no la descubran. Pisadas de botas muy firmes

con pasos acelerados y algunas patadas a puertas o ventanas. Golpes y destrozos. Voces de alto, disparos, gritos de personas cayendo muertas y otras que imploran no las maten. De repente, los golpes a la puerta se escuchan en esa habitación. Sophie sale a esconderse detrás del primer mueble que encuentra. Tiembla a más no poder. Aterrada, se acurruca con las rodillas dobladas y se abraza con fuerza. Se orina encima. El miedo la detuvo por un momento, antes de que Madame Blavatsky regrese a su cuerpo. Se levanta decidida y se dirige a la puerta. Duda un momento y decide abrirla: no hay nadie.

BLAVATSKY: Que raro... no suele ser así. Se arrepintieron o tal vez recordaron que ya habían pasado por aquí. ¿Se habrán llevado al periodista detenido? ¿Será esta su casa o la de alguien más? Sophie, creo que no es seguro seguir aquí. ¿A dónde podremos ir? Tengo que pensar rápido. La intuición me dice que muchas cosas pueden pasar y que todo el escenario cambiará de un minuto a otro... ¿Dices que llevemos los panfletos a la universidad? No creo que sea buena idea. Aquí detuvieron a alguien y me huele que lo agarraron con papeles en la mano que lo comprometían. Ayúdame a pensar, Sophie. La guerra afuera arrecia y no quiero para ti una segunda muerte. Por lo menos no hasta que no resolvamos de un todo tu asesinato en manos de la Gestapo.

Algarabía afuera. Los vecinos salen a las calles. Los “agentes del orden” se retiraron del lugar y lo celebran. Se escucha El Nazareno, de Ismael Rivera. “A quien no mires a quien, dale la mano al caído. Y si acaso bien malo ha sido dale la mano también”, corean todos. “¡Váyanse, becerros! ¡Y si vuelven los vamos a quebrar!” Silencio súbito. De nuevo, el sonido de las sirenas de los carros de la policía y detonaciones a granel. “¡Mierda, se trajeron La Ballena! ¡Corran!” Se escucha ahora la humanidad golpeada por intensos chorros de agua. Blavatsky se asoma a la ventana y lo que ve no le gusta. Se agacha rápidamente para no ser vista desde afuera. Encorvada comienza temblar. Regresa Sophie a su cuerpo.

SOPHIE: (*Junta sus manos para orar*) Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre... Dios, protégenos, no permitas que nos encuentren y nos lleven. Únete a nuestra lucha, padre supremo, que todo lo que hacemos es por la liberación del pueblo. No consientas más dolor ni muertes infames... Déjame encontrar a Hans y prometo que nos iremos ambos al sepulcro, sin buscar más nada en esta dimensión penitente. Ya aprendí que la empresa de acabar con la maldad es tan grande que al menos nosotros no lo vamos a lograr. Perdónanos, Dios, bien sabes cuánto lo intentamos y todo el empeño que pusimos. No

fue posible, esta vez. Protege señor también a todos los que están allá afuera, a quienes otra vez los soldados atacan y humillan. Tú sabrás el plan que tienes, pero tus misterios son insondables para los vivos, Señor mío... Permite la redención, Dios, que si tienen que morir encuentren la paz y trasciendan con liviandad hasta tu trono. Dale sosiego a quienes se queden y revélales tus verdades para que puedan comprender la misión que tienen en este camino de espinas hincadas y sangre derramada... Ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

El sonido del infierno viene de afuera. Llantos, gritos de dolor, lamentos... Madres que lloran a hijos que acaban de ser asesinados. "¡Nooooo, no se los lleven! ¡Ellos no han hecho nada! ¡Son solo niños, muchachos, estudiantes! ¿Por qué se los llevan? ¿Qué les van a hacer? ¡Apiádense de esta madre! ¿Qué les corre por las venas? ¿Por qué atacan a su propia gente? ¡De aquí mismo salieron ustedes y ahora vienen y nos matan! ¡Dios, perdónalos, porque nosotros no podremos hacerlo jamás!" Desesperación y una tristeza profunda. Se escucha el Popule Meus, de José Ángel Lamas. Sophie abre la ventana y se pueden ver a los vivos recoger sus muertos e ir en procesión calles abajo, con sus desolaciones encima. Se estremece por lo que ve, al punto de cerrar sus ojos con tanta fuerza que las lágrimas salen solas. Cierra la ventana con lentitud y la música se

va disipando. Busca a ciegas la silla y se sienta en ella, abatida. Deja el cuerpo de Madame Blavatsky.

BLAVATSKY: ¡Salgamos de aquí, Sophie! Los que tú llamas soldados van a regresar y la matanza será aún mucho peor. Ellos ya probaron el sabor de la sangre y están sedientos de más. Es la naturaleza del monstruo que los domina y ni ellos pueden luchar contra ella... ¿Dices que tienes que encontrar a tu hermano Hans para que puedas irte de una vez? Me temo que entonces debemos comenzar a buscarlo.

Recoge las rosas blancas de nuevo y le sacude el polvo que tienen por haber estado en el piso. Intuye que aquellas flores tienen un significado más especial de ser el último deseo de una estudiante de la resistencia alemana antes de morir.

BLAVATSKY: ¿Por dónde comenzamos? Ahora mismo, salir de esta habitación significaría la muerte de ambas. No puedo escaparme y llevarte a otro tiempo, romperíamos las reglas y los resultados serían todavía aún más catastróficos para el devenir de estas dos historias, la tuya y la de los que están afuera luchando por no saben ni contra quién. Es lo más frustrante de lo que me toca: presenciar, ayudar, pero no intervenir. Aunque

crea que sí, la verdad es que nunca me acostumbro ni lo haré jamás...

Regresa la tensa calma afuera. Blavatsky aprovecha para seguir indagando sobre Francisco Pérez, el periodista que cree fue detenido en el lugar. Tiene el presentimiento que, junto a Sophie, es su responsabilidad ayudarlo a salir del atolladero en el que pueda estar metido. Revisa otros ejemplares de periódicos que se encuentran regados por el piso y se detiene ante un titular que le llama la atención.

BLAVATSKY: *(Lee en voz alta y muy despacio, como analizando palabra a palabra aquel título).* “Movimientos populares de izquierda preparan una revuelta contra el presidente para los próximos días”. ¿Qué fecha tiene esta edición? A ver, ah, sí, aquí está... Oh, qué interesante: 16 de febrero de 1989. *(Signe leyendo)* “Fuentes no identificadas, por razones de seguridad, revelaron a este diario los planes que se fraguan desde hace días y que, al parecer, se activarán una vez el presidente de la República anuncie sus primeras medidas económicas del período de gobierno que recién inauguró hace dos semanas...” Bueno, ya lo sabía... Y que “la insurgencia” se les escapó de las manos, pero... *(Signe leyendo en silencio, como buscando algo)* ¡Aquí está! ¡Francisco Pérez es quien firma la nota en el periódico! ¡Y esta es la razón por la que lo

llevaron preso! Al menos ahora sabemos -o sospechamos- donde puede estar: en una mazmorra de la policía política o tal vez ya en una zanja de carretera con dos tiros en la sien.

Recoge otra vez las rosas blancas y alisa su vestido, como quien va al encuentro con su destino.

BLAVATSKY: Con calma, Sophie, apenas esté tranquilo allá afuera saldremos de aquí. Confía en mí. Pronto acabará esto para las dos y podremos irnos en paz. Solo esperemos un poco a que no haya nadie fuera de esta casa.

Recoge al azar otro papel del piso, porque le llamó la atención. Lo lee en voz alta.

BLAVATSKY: “Paco, las rosas blancas frente al altar ya están preparadas. Ve con cautela. Tienen suficiente carga de escopolamina como para doblegar la voluntad de un elefante. Suerte con la misión, mi pana, la vas a necesitar. Cuídate. Nos vemos en la clandestinidad. R.M.” (*Sorprendida*) Ah, entonces Francisco Pérez no solo ejerce su oficio de periodista, sino que también... ¡Conspira!

El cuerpo de Madame Blavatsky se estremece de nuevo. Sophie regresa en estado aún más alterado.

SOPHIE: (*Aprieta las rosas de nuevo sobre su pecho, al mismo tiempo que se abraza y desencaja*). ¡Cuando nos encontraron, teníamos toda la evidencia encima y no fue posible ocultarla! Mi primera reacción fue lanzar los panfletos al aire desde la baranda del segundo piso de aulas. Quiero creer que uno que otro estudiante los haya tomado antes de que los agentes de la Gestapo llegaran al lugar a recoger y quemarlos... Hans, en cambio, tropezó con el susto y cayó por las escaleras. Fue al primero que atraparon. Ahí mismo, frente a mí, lo invitaron a seguirlos sin hacer escándalos. Todos los estudiantes salían de sus aulas en ese momento y ellos no querían que se notara lo que estaba ocurriendo. A mí me agarraron firme por el brazo, no pude zafarme. Cuando nos encerraron en un cuarto, antes de llevarnos a comisaría, todo control y amabilidad desaparecieron: Hans quedó medio inconsciente en el suelo de los golpes que le dieron antes de que vinieran por mí. Me gritaron: “¡Orgullosa! ¡Traidora! Podrías haber prestado tu cuerpo para darle hijos al Führer y en cambio andas en estas acciones rebeldes” Me tomaron de la cintura y subieron a una mesa. Los ojos de Hans se fijaron hondo sobre los míos mientras los soldados... (*Se sacude el cuerpo con desprecio y asco*) No podía hacer nada por defenderme. Su dolor era mayor al que sentía yo... Sus ojos,

nublados por el llanto, intentaban darme fuerza... Tenían su cabeza aplastada sobre la alfombra y apenas lograba respirar. (*Inciso, habla con la mirada pegada al suelo*). Perdóname, Hans, no quise que nos atraparan. Quizás si no hubiese tenido el impulso de lanzar las octavillas desde la baranda... (*Continúa el relato, con un ritmo que va acelerándose de forma paulatina*) Luego nos arrastraron a los dos por las escaleras abajo y nos llevaron en una furgoneta. La sangre bajando por nuestros rostros no nos permitía ver bien hacia a dónde nos dirigíamos. Tampoco tenía sentido saberlo. Antes del juicio y posterior ejecución, estuvimos varias horas encarcelados en dos celdas contiguas. No nos querían juntos, quizás por miedo a que nos escapáramos o convenciéramos a los otros presos de hacerlo. Ya casi los teníamos persuadidos de que aquellos papeles no eran nuestros, pero allanaron nuestra habitación. En ella encontraron la máquina de escribir de Hans, los borradores de las octavillas, la linotipia que nos prestaron para imprimirlas, sobres, timbres postales y muchas huellas, todas nuestras huellas. Confesamos y lo hicimos con orgullo. En la tribuna, el juez hablaba y no entendíamos como en vez del pueblo en el público estaban solo generales y capitanes del ejército. Los soldados que nos detuvieron en la universidad, los mismos que violentaron mi

cuerpo, atestiguaron sobre nuestra infracción. La sentencia fue firme: “¡Culpables por alta traición contra el Führer! ¡Pena de muerte! ¡Ejecútese ya! ¡Heil Hitler!”

Sophie, por acto reflejo, hace el saludo hitleriano, levantando el brazo derecho a la altura de su frente. Al darse cuenta, lo baja lentamente, muy avergonzada.

SOPHIE: Antes de salir de allí, les dijimos en voz alta y muy clara: “En este lugar donde estamos nosotros, pronto estarán ustedes”... Nos llevaron al cadalso a empujones y medio a rastras... Nos sentíamos aturdidos. Todo había pasado muy rápido y no reaccionábamos a la idea de la muerte... Le dije a Hans: “Tranquilo, en un instante este momento se esfumará. No es real. Al llegar a casa, volveremos a imprimir las octavillas y las llevaremos al refugio. En el gueto también se repartirán. Y en las aulas, claro, en nuestros salones de clases...” Cuando fueron a ponernos las vendas en los ojos, yo todavía seguía hablando con él. No paré de hacerlo, no solo hasta sentir el primer golpe en el pecho. Pensé en gritar “¡Libertad!”, pero la voz no me respondía... Estaba por caer al suelo cuando sentí el segundo golpe, esta vez en la frente. Todo se hizo oscuro de repente. Solo oía la respiración lenta de Hans a mi lado, su

corazón y el mío apagándose, el frío suelo que recibía nuestros cuerpos... ya sin vida... (*Llora*) Así, Madame Blavatsky, así fueron nuestras muertes... Antes de que nos fusilaran, logré pedirle al primer oficial a cargo de nuestra ejecución que como última voluntad queríamos que nos llevara rosas blancas al lugar donde nos enterrarían, que éramos alemanes luchando por la dignidad del pueblo y que eso sería lo único valeroso que haría en su miserable vida. Nunca lo hizo. Nunca...

Sophie se asoma por la ventana. Observa gente corriendo, algunos con cargas insólitas sobre sus lomos: televisores, neveras, lavadoras automáticas... En sus rostros, la desesperación y el hambre. También ve caer al piso algunos jóvenes asesinados con tiros por la espalda. Se estremece ante tanto horror.

SOPHIE: Que ciudad tan rara, Madame Blavatsky... Podría jurar que es Varsovia o Lublin cuando se instalaron guetos judíos, hacinados de cuerpos con almas desgarradas... Pero esta luz es diferente. Es hermosa, brilla distinto... ¿Por qué tanto odio en medio de estos colores llenos de vida? Mira, mira allá. Observa como a pesar del miedo en sus rostros se dibujan sonrisas... ¿Será la esperanza que los hace durar en el instante de este momento sin sentido? ¿Sabrán que

se dirigen hacia la eterna muerte divagante y que el descanso que nos prometió el creador no llega nunca? No llega, Madame Blavatsky, no al menos se termine de cumplir la misión encomendada. ¡Que belleza y crueldad al mismo tiempo en esta escapada sin maletas ni tesoros! Solo cajas que de nada les servirán si es el purgatorio el lugar al que se dirigen. Si ellos supieran, dejarían esas cargas pesadas en este instante para darse un abrazo infinito y amarse mientras la vida se les quita... (*Da la espalda a la ventana y junta sus manos para rezar*) Padre nuestro, que estás en los cielos... Apíadate de ellos, que aún puedes hacer algo para que este lugar no se quede sin espíritu, se salve...

Sophie se asoma de nuevo a la ventana y en esta ocasión ve a un hombre joven acercarse a la puerta.

SOPHIE: ¿Hans? ¡Eres tú! ¡Te encontré! ¡Por fin podremos irnos!

Afuera siguen los destrozos y lamentos. Una mujer grita: “¡Francisco, no entres a tu casa! ¡Huye! ¡Te están buscando y te van a matar si te encuentran! ¡Escóndete, hijo! ¡Sal del país apenas puedas! ¡Olvídate de aquí! ¡Sigue investigando y, por favor, cuenta por nosotros la verdadera historia de este día de mierda!” Sophie se retira brusca del cuerpo de Madame Blavatsky y ella corre a abrir la

puerta, arrepintiéndose un segundo antes de hacerlo, bloqueándola para que no se pueda abrir desde afuera. El estremecimiento que siente de pronto le hace pensar que Sophie desea canalizarla otra vez. Ella se resiste todo lo que puede, pero se inicia un forcejeo intenso por el único cuerpo que tienen.

BLAVATSKY: ¿Cómo sabes que es Hans?

SOPHIE: ¡Es mi hermano, lo conozco! Sus ojos fueron lo último que pude ver en vida. Lo reconocería en mil existencias más si en ellas me encontrara con su mirada.

BLAVATSKY: Sophie, escúchame con detenimiento. Quien está ahí afuera es Francisco, la persona que vive en esta casa. ¿No acabas de escuchar lo que le dicen sus vecinos?

SOPHIE: (*Alterada, insistente, con gran angustia, repite una y otra vez*) ¡Es Hans, Madame Blavatsky, créame! ¡Por favor, se lo imploro, ayúdeme a salvarlo esta vez! ¡Abra la puerta y deje que entre!

BLAVATSKY: Si lo dejamos entrar, vendrán por él y se lo llevarán preso... Y se repetirá vuestra historia, una vez más. Lo perderemos y no será posible ayudarlo. Lo mejor es que les haga caso a

sus amigos de afuera y se vaya pronto. Se esconda, huya y cumpla su misión. Aquí no está seguro, Sophie. Deja que Hans... O Francisco, tenga la oportunidad de partir. Este aún no es el tiempo para que sus almas se encuentren en ese abrazo que se deben y descansen por siempre.

SOPHIE: ¿Quién eres tú en realidad?

BLAVATSKY: Ya te lo dije. Soy una viajera del tiempo, con poderes para comunicarme entre varias dimensiones espirituales.

SOPHIE: ¿Y por qué estás aquí?

BLAVATSKY: No lo sabía al llegar, pero ahora estoy convencida que te tenía que traer a este momento. Sophie, la vida de Francisco depende de ti en este minuto peculiar. Si lo dejas ir, él seguirá su misión.

SOPHIE: ¿Cómo lo sabes?

BLAVATSKY: He viajado por muchas confrontaciones y lo que veo se repite una y otra vez igual. El ser humano aún no está preparado para desapegarse de esta dimensión física y por eso se deja cegar por el delirio de poder, ese que se alimenta y crece hasta dejar huesos, cenizas y desolación...

SOPHIE: Como en la Alemania del tirano...

BLAVATSKY: Y de tantos otros lugares y bestias... En realidad, Sophie, te mentí hace un rato... ¡Mi hijo sí nació! Lo vi apenas unos segundos: un hermoso bebé brillante y fuerte, como sus pulmones que expiraban todo el aire en un grito estremecedor y lleno de vida, de esperanza. Solo me dejaron tenerlo en brazos un instante antes de que lo alejaran de mí y se lo entregaran a su padre. “No es tuyo, es el hijo del Führer”, me gritaron mientras corrían con él hacia un lugar siempre desconocido. Lo he buscado desde entonces y llego hoy aquí, pensando que tal vez sería mi día de suerte... Al leer ese nombre estampado en el papel de la pared, te juro, Sophie, que tuve la sensación de que es él, que Francisco es mi hijo... Siempre lo sueño, ¿sabes? Lo veo como un hombre inmenso, hermoso, valiente, determinado a acabar con las injusticias, terco y firme en sus convicciones, capaz de dar su vida por aquellos que viven infortunios y tristezas. ¿Acaso no es así ese héroe que está allá afuera ahora mismo luchando por los suyos? Escucha, Sophie, como lo cuidan, lo aman... Francisco es un buen hombre... ¡Y puede ser mi hijo venerado! Por algo me mandan una y otra vez a este

momento. No he logrado descifrar la lógica de este bucle de tiempo y lo único que quiero es que ya se detenga... ¿Y si es él, Sophie? ¿Si Francisco es mi hijo? Mi peregrinaje acabaría aquí mismo...

Se escucha como alguien intenta abrir la puerta, sin lograrlo. Sophie lanza las rosas blancas por la ventana y le habla a Francisco a través de ella.

SOPHIE: ¡Adiós, Hans! Quédate tú con nuestras rosas. Cuídate, no permitas que te maten dos veces... Espero volverte a ver.

BLAVATSKY: Vamos, Sophie. Ya no queda tiempo. Sea Hans o mi pequeño amado, si no huimos ahora, aquí nos quedaremos. Y a ti volverán a torturarte hasta volver a morir. ¿A mí? Bueno, quién puede saber el destino de un alma viajera que nunca encuentra el sosiego ni la paz. Es definitivo, este no es el tiempo del reencuentro. Tendremos que esperar...

SOPHIE: Deja, Hans, las rosas blancas sobre mi tumba. Esa será nuestra señal. Así sabré que, al fin, la cruzada terminó... Y reza también un padre nuestro por todos los hijos perdidos de esta desgraciada guerra.

BLAVATSKY: Esas rosas tienen otro destino, Sophie. Ojalá que esta vez Francisco sí logre lo que se propone para terminar con esta...

SOPHIE: ¿De qué hablas?

BLAVATSKY: ¡Se acabó nuestro tiempo! Nos vamos, Sophie. No tengas miedo, vas a estar bien.

Llega la policía y golpea la puerta: “¡Abre, sabemos que estás ahí! ¡Entrégate! ¡No intentes escapar, estás rodeado! ¡Ni te muevas o eres persona muerta!” A lo lejos, se sigue escuchando Hay fuego en el 23: “Se forma una rebambamba / Que se juntan cuatro, cinco, siete, ocho, nueve o diez / Y salen gritando / Avísale al súper / Que nos estamos quemando / Y no se sabe el fuego en dónde es...” La tristeza inunda todo. Parpadean y luego se apagan luces por breves segundos. Al encender de nuevo el escenario, Madame Blavatsky desapareció sin dejar rastros.

Una historia que, tal vez, continúe o termine en otro tiempo y lugar.

Oscuro. Fin.

Caracas, julio de 2023

Contenido

Presentación	5
La casa sin memoria	
Monólogo	9
El <i>feng shui</i> del tenedor	
Monólogo	33
ROSAS BLANCAS	
SOBRE MI TUMBA	
Unipersonal, una historia de ficción inspirada en personajes y hechos reales	57

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 21 días del mes de marzo de 2024, en el marco de 6ta edición de la Feria Independiente del Libro de Maracaibo.